LA CIUDAD DE LOS RICOS Y LA CIUDAD DE LOS POBRES

LA NUEVA CUESTIÓN URBANA

ECONOMÍA, SOCIEDAD Y TERRITORIO

RICOS Y POBRES

ESTRATEGIAS DE EXCLUSIÓN

RICOS

POBRES

UN MUNDO MEJOR ES POSIBLE

LA TRADICIÓN EUROPEA

DESIGUALDADES SOCIALES, CUESTIÓN URBANA Y CRISIS

BERNARDO SECCHI

PRÓLOGO DE EDUARDO MANGADA

INTRODUCCIÓN DE JESÚS GAGO

CATARATA

LA CIUDAD DE LOS RICOS Y LA CIUDAD DE LOS POBRES

LA NUEVA CUESTIÓN URBANA

ECONOMÍA, SOCIEDAD Y TERRITORIO

RICOS Y POBRES

ESTRATEGIAS DE EXCLUSIÓN

RICOS

POBRES

UN MUNDO MEJOR ES POSIBLE

LA TRADICIÓN EUROPEA

DESIGUALDADES SOCIALES, CUESTIÓN URBANA Y CRISIS

BERNARDO SECCHI

PRÓLOGO DE EDUARDO MANGADA

INTRODUCCIÓN DE JESÚS GAGO

CATARATA

LA CIUDAD DE LOS RICOS Y LA CIUDAD DE LOS POBRES

LA NUEVA CUESTIÓN URBANA

ECONOMÍA, SOCIEDAD Y TERRITORIO

RICOS Y POBRES

ESTRATEGIAS DE EXCLUSIÓN

RICOS

POBRES

UN MUNDO MEJOR ES POSIBLE

LA TRADICIÓN EUROPEA

DESIGUALDADES SOCIALES, CUESTIÓN URBANA Y CRISIS

BERNARDO SECCHI

PRÓLOGO DE EDUARDO MANGADA

INTRODUCCIÓN DE JESÚS GAGO

CATARATA

Índice

PRÓLOGO. INVITO A LEER, por Eduardo Mangada

INTRODUCCIÓN. CAMINANDO HACIA ADELANTE, UNA MIRADA HACIA ATRÁS,por Jesús Gago

BIOGRAFÍA. BERNARDO SECCHI (1934-2014)

PREFACIO

CAPÍTULO 1. LA NUEVA CUESTIÓN URBANA

CAPÍTULO 2.ECONOMÍA, SOCIEDAD Y TERRITORIO

CAPÍTULO 3. RICOS Y POBRES

CAPÍTULO 4. ESTRATEGIAS DE EXCLUSIÓN

CAPÍTULO 5. RICOS

CAPÍTULO 6. POBRES

CAPÍTULO 7. UN MUNDO MEJOR ES POSIBLE

CAPÍTULO 8. LA TRADICIÓN EUROPEA

CAPÍTULO 9. DESIGUALDADES SOCIALES, CUESTIÓN URBANA Y CRISIS

Bernardo Secchi

La ciudad de los ricos

y la ciudad de los pobres

DISEÑO DE CUBIERTA: JOAQUÍN GALLEGO

TRADUCCIÓN DE TERESA ARENILLAS PARRA Y FRANCISCO LÓPEZ GROH

LA CITTÀ DEI RICCHI E LA CITTÀ DEI POVERI

© 2013; GIUS. LATERZA & FIGLI, ALL RIGHTS RESERVED

© LOS LIBROS DE LA CATARATA, 2015

FUENCARRAL, 70

28004 MADRID

TEL. 91 532 05 04

FAX 91 532 43 34

WWW.CATARATA.ORG

LA CIUDAD DE LOS RICOS Y LA CIUDAD DE LOS POBRES

isbne: 978-84-9097-764-4

ISBN: 978-84-8319-975-6

DEPÓSITO LEGAL: M-374-2015

IBIC: am/jff

ESTE MATERIAL HA SIDO EDITADO PARA SER DISTRIBUIDO. LA INTENCIÓN DE LOS EDITORES ES QUE SEA UTILIZADO LO MÁS AMPLIAMENTE POSIBLE, QUE SEAN ADQUIRIDOS ORIGINALES PARA PERMITIR LA EDICIÓN DE OTROS NUEVOS Y QUE, DE REPRODUCIR PARTES, SE HAGA CONSTAR EL TÍTULO Y LA AUTORÍA.

PRÓLOGO

INVITO A LEER

Sería largo y superfluo enumerar los múltiples textos y trabajos profesionales que justifican el prestigio, la autoridad de Bernardo Secchi en la cultura urbanística de la segunda mitad del siglo pasado, que se mantiene viva hasta nuestros días. Para muchos de los que hemos dedicado nuestra vida profesional a un largo y constante esfuerzo por entender la ciudad, leerla con "afición y devoción", para poder explicarla y atrevernos a proyectarla, al menos en parte, Secchi, junto a Manuel Solà-Morales, Campos Venuti, Peter Hall o, más recientemente, David Harvey, está entre nuestros grandes maestros.

Desde su primer libro traducido al castellano titulado Análisis de las estructuras territoriales (Gustavo Gili, 1968) el pensamiento, la amplia cultura de Secchi, se ha ido consolidando a través de una larga reflexión global, pero apoyada en una experiencia profesional sobre casos concretos en países y circunstancias muy diversas, cuyo recorrido ha quedado jalonado por múltiples conferencias, clases y, sobre todo, por libros que solo por sus títulos indican la profundidad de un avance continuo. Il racconto urbanístico (1984), Prima lezione di urbanistica (2000), La città nel ventesimo secolo (2005), hasta culminar en este libro que ahora ha traducido el Club de Debates Urbanos con el título de La ciudad de los ricos y la ciudad de los pobres (Los Libros de la Catarata, 2015).

La mejor introducción de este libro, la más atractiva invitación a leerlo, puede extraerse de la propia Premessa del autor, en la que ya anuncia el núcleo duro de su discurso, cuál es el gran problema de nuestro tiempo, en un mundo dominado por un capitalismo financiero salvaje: la desigualdad. Una desigualdad social profunda y creciente que se manifiesta de forma dramática y visible en las grandes áreas urbanas en lo que, con acierto, denomina Secchi "la injusticia espacial".

Manifestación física de un doble proceso encadenado: la diferencia y la exclusión. Una segregación espacial entre la ciudad de los ricos,

cercada y protegida por muros, policías y otras barreras menos visibles, y la ciudad de los pobres, en situaciones marginales, sean periféricas o en el mismo corazón de la ciudad. La ciudad de los excluidos, de los anónimos, de los sometidos a la lógica del dominio del espacio urbano impuesto por los ricos. Proceso que conduce a una ciudad fragmentada física, social y simbólicamente, todo lo contrario a una ciudad cohesionada, plural y mestiza, "creadora de nuevas identidades, de nuevos sujetos y de nuevas ideas".

Si en la primera mitad del siglo XX y hasta los años setenta los políticos, sociólogos, economistas y urbanistas, entre otros, creyeron en la capacidad taumatúrgica del urbanismo, de la racionalidad de la planificación urbana como mecanismo para garantizar un espacio digno para todos los ciudadanos, una necesaria redistribución del capital físico y económico de la ciudad, en las últimas décadas tal confianza ha ido decayendo hasta llegar a la negación de intervenir desde los instrumentos urbanísticos en las mejoras sociales, en la lucha contra la desigualdad y la injusticia espacial. Frente a este pesimismo, frente a la negación del urbanismo como un mecanismo, junto a otras políticas económicas y sociales, para construir una ciudad más justa y eficiente, Secchi sostiene una hipótesis parcialmente distinta afirmando que "el urbanismo tiene una fuerte y concreta responsabilidad en el agravamiento de la desigualdad y que el proyecto de la ciudad debe ser uno de los puntos de partida de cualquier política dirigida a su eliminación o minoración".

De aquí la importancia que Secchi da a la desigualdad social para calificarla como la nueva y prioritaria "cuestión urbana", que debe impregnar tanto el estudio de la ciudad como su posible proyecto, respondiendo a los afanes de los ciudadanos. Afirmación que se encuadra en el gran debate sobre el reparto de la riqueza, puesto de actualidad por el best seller de Piketty El capital del siglo XXI, aunque precedido, en algunos casos, y ampliado desde un punto de vista social y político por autores como Zygmunt Bauman, Ulrich Beck o Joseph Stiglitz. Y, si centramos nuestra reflexión en la manifestación de la desigualdad en la ciudad, especialmente en las grandes áreas urbanas, me atrevo a recomendar que la lectura de La ciudad de los ricos y la ciudad de los pobres se haga acompañada con la del libro de David Harvey Ciudades rebeldes (Akal, 2013).

Tanto por su extensión como por su provocador contenido, el libro de Bernardo Secchi, que me atrevo a presentar y recomendar a quien esté interesado en la situación actual y el devenir de nuestras ciudades, lo convierte en un manifiesto movilizador de las conciencias tanto de los ciudadanos como de los políticos y profesionales que tienen responsabilidad en la construcción de nuestras ciudades.

En todo caso, el tamaño de este pequeño gran libro constituye un atractivo más para el potencial lector.

EDUARDO MANGADA

INTRODUCCIÓN

CAMINANDO HACIA ADELANTE, UNA MIRADA HACIA ATRÁS

Desde que a principios de los setenta del pasado siglo pusiera en duda el famoso axioma “todo va bien cuando la construcción va bien” (“Va tutto bene quando l’edilizia va bene?”), Secchi ha mantenido siempre la preciada facultad de anticiparse a las cuestiones y problemas que con el paso del tiempo iban a resultar centrales.

Ese enfoque propio, plagado de sugerencias e incitaciones al pensamiento, ha estado presente en sus escritos a lo largo del dilatado arco temporal que separa —aunque yo diría que une— sus primeros ensayos, del póstumo que ahora tiene el lector en sus manos.

En cualquier caso, siempre permeable a las corrientes más innovadoras e incisivas del pensamiento coetáneo, como lo atestigua una vez más este su último libro en el que se aborda desde la perspectiva de la ciudad, el territorio y el urbanismo el candente asunto de la desigualdad profunda y creciente.

Punto de vista que constituye probablemente uno de los méritos más destacables de este ensayo, pues como acertadamente el propio autor remarca en su “Premessa”, una de las mayores dificultades que ha debido superar en el intento ha sido precisamente la de su empeño en “tratar la cuestión desde el punto de vista del urbanismo, depurando cuanto fuese posible mi escrito de las consideraciones tradicionalmente desarrolladas en el ámbito de otras disciplinas, en concreto de la economía y la sociología…” en las cuales se ha ido “amontonando” ya una copiosa literatura al respecto.

Sobre las principales tesis que Secchi formula en relación con el asunto central de su libro es preferible que sea el leedor (liseur) quien en su indagación las descubra y las contraste, dejando aquí solo constancia del interés que el autor plantea sobre el propio concepto de la “cuestión urbana”, que, alumbrado en el crepúsculo de mayo del 68, se convierte ahora, tras su reconsideración y puesta

al día, en su tesis central.

Mayor interés puede tener, en cambio, aprovechar la ocasión que ahora se me ha brindado para ensanchar la exhortación a la lectura —principal objetivo de estas líneas— dirigiendo la mirada hacia algunas de las aportaciones de Secchi que mayor impacto tuvieron —y siguen teniendo— sobre quien esto escribe, en su modesto afán por comprender o desvelar algunos de los fenómenos más sobresalientes del "hecho urbano".

Atisbo cuya finalidad no es otra que la de propiciar una relectura, desde un presente que se pretende entender en su proyección hacia adelante, de algunos originales hallazgos en el pensamiento de este autor que, en mi opinión, no solo mantienen casi intacta su vigencia, sino que están aún por desplegar en toda su capacidad de interpretación de la realidad, de la de entonces y de la de ahora.

En torno —o al calor— de la gran crisis inmobiliaria de los primeros setenta del pasado siglo, poderoso desencadenante (Harvey) de lo que sería la primera gran crisis del capitalismo de la posguerra, a su vez hito anunciador del final de los "treinta años gloriosos", como se ha conseguido ver solo a posteriori, Secchi trata de indagar —o más bien invita sobre todo a hacerlo— sobre el papel del sector inmobiliario en el proceso de acumulación capitalista ("Il settore edilizio e fondiario in un proceso di sviluppo económico", en Lo sprèco edilizio, 1972).

De esa misma visión surge el término —o más bien categoría— del "bloque inmobiliario", en tanto articulación o alianza de poderosos grupos de interés (promoción, construcción, propiedad del suelo, financiación y poder político-institucional) en potencial conflicto con otros grupos representantes del capital.

Y de similar enfoque arranca su posterior repaso, a finales de aquella década, de la política de vivienda y sus vicisitudes.

Tras ello, a comienzos de los ochenta, cuando tras la renovada confianza en el urbanismo en tanto disciplina con capacidad de ser utilizada como instrumento de una acción política profundamente reformista se advierten los primeros síntomas de desfallecimiento, perplejidad o desorientación, Secchi irrumpe de nuevo con un

poderoso alegato desmitificador y nada complaciente que, con el evocador título Il raconto urbanístico, constituye una encendida apelación a la necesidad de proceder a una radical refundación de la propia disciplina, y que en palabras del propio autor en la "Premessa" se corresponde con ese esfuerzo que "forma parte de mi continua búsqueda de dibujar lo más claramente posible y más allá de los cambios a lo largo del tiempo de sus principales características, las razones y la identidad del urbanismo", hasta llegar finalmente a reconocer con inusual lucidez que "las responsabilidades del urbanismo no se sitúan, sin embargo, en el terreno de los valores y de la consiguiente definición de los objetivos que su proyecto se propone conseguir, sino en el terreno de la técnica, de los dispositivos analíticos y proyectuales que se proponen para afrontar y resolver una serie muy variada de cuestiones inherentes al proyecto de la ciudad".

Y para rematar no resisto la tentación de rescatar de la humilde posición en que el autor ha querido situar —injustamente en mi opinión— uno de los más esclarecedores ecos de ese vehemente llamamiento, cuando en la nota a pie de página número 26 con la que cierra su capítulo primero, al referirse a la proliferación de términos metafóricos con los cuales se alude hoy a la ciudad contemporánea, retomando las palabras de una de sus conferencias ("Why and how some fundamental metaphors were used") nos previene de que "el papel de las metáforas, como se sabe, es el de dar sentido a lo que no somos capaces de comprender plenamente…" y de ahí su conclusión de que "el proyecto, no solo físico, de la ciudad se ha dejado en nuestras manos (de los urbanistas) y se nos confía (o endosa) a menudo en forma acrítica".

JESÚS GAGO

BIOGRAFÍA

BERNARDO SECCHI (1934-2014)

Bernardo Secchi ha sido profesor de Urbanismo en el Instituto Universitario de Arquitectura de Venecia y decano de la Facultad de Arquitectura de Milán. Enseñó en varias universidades, entre ellas, en la Escuela de Arquitectura de Ginebra, la Universidad de Lovaina, la de Zúrich y el Instituto de Urbanismo de París. Desde 1990 tuvo abierto estudio en Milán junto a Paola Viganò.

"Doctor honoris causa" por las universidades de Grenoble y de Hasselt, recibió el Gran Premio de Urbanismo francés y numerosos otros galardones: Grand Prix d'Urbanisme de 1994; Mellon Senior Fellow en el Centro Canadiense de Arquitectura, Montreal, en 2008; Caballero de la Legión de Honor en Francia, en 2010.

Como profesional participó en la redacción de numerosos planes y proyectos urbanísticos en Italia (Milán, Trento, etc.) y en toda Europa y fue asesor del PGOU de Madrid en 1985. Ha sido premiado en diversos concursos internacionales e invitado a desarrollar ideas sobre el proyecto del "Gran París" (2008), "Bruselas 2040" (2011) y el "Gran Moscú" (2012).

Formó parte del grupo fundador de la revista Archivio di studi urbani e regionali; ha colaborado de forma decisiva en la revista Casabella y dirigido la revista Urbanística. Fue miembro de numerosos jurados de concursos de arquitectura y urbanismo.

Su contribución a la teoría y al debate urbanístico ha sido dilatada y relevante, desde los primeros textos de componente más económica como Análisis de las estructuras territoriales (Gustavo Gili, 1968), "El sector de la edificación y la propiedad de suelo en un proceso de desarrollo económico", incluido en el libro colectivo titulado Lo spreco edilizio (Marsilio editore Milan, 1972), traducido y prologado por Jesús Gago (El despilfarro inmobiliario, Gustavo Gili, Barcelona, 1977); Squilibri regionale e sviluppu económico, Marsilio, Venecia, 1974, hasta sus posteriores escritos, entre ellos sus tres libros más difundidos de teoría urbana y territorial: Il raconto urbanístico, Einaudi, Turín, 1984; Prima lezione di

urbanística, Laterza, Roma-Bari, 2000, y La città del ventesimo secolo, Laterza, Roma-Bari, 2005. O, finalmente, con su último libro La città dei ricchi e la città dei poveri, Laterza, Roma-Bari, 2013, cuya traducción al castellano ahora publicamos.

Y sin duda nos ha dejado ideas fundamentales, muchas preguntas y nuevas miradas abiertas sobre la ciudad, el territorio y el mundo que nos rodea a través de innumerables artículos en revistas, libros colectivos, conferencias, congresos etc. etc., en diversos lugares del mundo.

PREFACIO

Este libro examina un tema convertido en los últimos años en algo muy relevante: el continuo crecimiento y profundización de la desigualdad social. En otros términos, el crecimiento de la distancia entre ricos y pobres. Pero es un libro escrito por un urbanista y aunque todos estén de acuerdo en constatar que las desigualdades sociales se expresan sobre todo en las grandes áreas urbanas, normalmente se supone que su oposición o eliminación no son tareas del urbanismo, sino de otras políticas económicas y sociales que el urbanista debe abarcar, fomentar y sostener. Yo mantengo aquí una hipótesis parcialmente distinta, que el urbanismo tiene importantes y precisas responsabilidades en el empeoramiento de la desigualdad y que el proyecto de la ciudad debe ser uno de los puntos de partida de cualquier política dirigida a su eliminación u oposición.

Las responsabilidades del urbanismo no se sitúan, sin embargo, en el terreno de los valores y de la consiguiente definición de los objetivos que su proyecto se propone conseguir, sino en el terreno de la técnica, de los dispositivos analíticos y proyectuales que se ofrecen para afrontar y resolver una serie muy variada de problemas inherentes al proyecto de la ciudad. Como intentaré explicar, algunos de estos problemas se han construido, conceptual y operativamente, de tal modo que no se pueden conducir, más allá de las intenciones subjetivas de los proponentes concretos, a otro lugar que no sea al empeoramiento de la desigualdad. En otras palabras, han producido una distancia insalvable entre el “relato urbanístico” y la posibilidad concreta de oponerse a la formación y el aumento de la desigualdad social.

A pesar de su reducida extensión, he empleado mucho tiempo en escribir este libro y he tenido que superar diversas dificultades. No estoy ni mucho menos seguro de haberlas superado de modo convincente. Las principales tenían que ver con la importancia de tratar la cuestión desde el punto de vista del urbanismo, depurando en lo posible mi escrito de las consideraciones desarrolladas

tradicionalmente en el ámbito de otras disciplinas, en concreto de la economía y la sociología, respecto a las cuales la deuda del urbanismo permanece, en todo caso, bastante elevada.

En cierto sentido, este esfuerzo forma parte de mi continua búsqueda de perfilar lo más claramente posible, y más allá de los cambios a lo largo del tiempo de sus principales características, las razones y la identidad del urbanismo. Una búsqueda que he iniciado con el "relato urbanístico"[1] y he continuado con la "primera lección de urbanismo"[2] y con " la ciudad del siglo veinte"[3] y cuyos resultados parciales he expuesto poco a poco en una serie numerosa de ensayos y artículos.

La tesis principal de este libro es que las desigualdades sociales son uno de los aspectos más relevantes de lo que denomino "nueva cuestión urbana" y que esta es una causa no secundaria de la crisis que hoy atraviesan las distintas economías del planeta. Por esto procuraré aclarar en primer lugar lo que entiendo por "nueva cuestión urbana", por qué cuestión y por qué nueva.

Procuraré después explicar cómo, a mi modo de ver, las relaciones entre economía, sociedad y territorio deben quizá ser consideradas de manera distinta a la tradicional: el territorio no es puro reflejo de la sociedad y mucho menos esta es puro reflejo de la economía. Riqueza y pobreza tienen un carácter pluridimensional difícilmente reducible a unos pocos y simples indicadores. Para entender cómo han dado lugar a un conjunto evidente de injusticias espaciales que las políticas públicas, entre ellas el urbanismo, habrían debido y podido combatir con más eficacia, procuraré examinar los aspectos fundamentales y la historia de las estrategias de diferenciación y exclusión llevados a cabo por la parte privilegiada de la sociedad y sus consecuencias, sea sobre los ricos o sobre los pobres. Habitualmente esta historia viene relatada desde el lado de los pobres. Yo creo que es oportuno mirarla desde la parte opuesta, del lado de los ricos. Los ejemplos son numerosos: elegiré algunos que conozco bien por haberlos puesto a prueba con la intención de atenuarlos. Porque, siempre a mi modo de ver, un mundo mejor solo es posible si se tiene plena conciencia de que la desigualdad social representa, precisamente, uno de los aspectos más relevantes de la "nueva cuestión urbana" y que esta es una causa nada

secundaria de la crisis que hoy atraviesan la principales economías del planeta.

NOTAS

1. B. Secchi, 1984, Il racconto urbanistico, Einaudi, Turín.

2. B. Secchi, 2000, Prima lezione di urbanistica, Laterza, Roma-Bari.

3. B. Secchi, 2005, La cittá del ventesimo secolo, Late, Roma-Bari.

CAPÍTULO 1

LA NUEVA CUESTIÓN URBANA

Durante mucho tiempo, en las culturas occidentales, la ciudad ha sido imaginada como espacio de la integración social y cultural. Lugar seguro, protegido de la violencia de la naturaleza y de los hombres, donde los distintos entraban en contacto entre sí, se conocían, aprendían los unos de los otros y eventualmente se intercambiaban lo mejor de sus propios conocimientos y de la propia cultura, en un proceso de continua hibridación productor de nuevas identidades, de nuevos sujetos y de nuevas ideas.

Pero desde siempre y de maneras diversas la ciudad, lugar mágico, sede privilegiada de toda innovación técnica y científica, cultural e institucional, ha sido también máquina potente de diferenciación y separación, de marginación y exclusión de grupos étnicos y religiosos, de actividades y profesiones, de individuos y de grupos dotados de identidad y reglas diferentes, de ricos y pobres. En la ciudad occidental ricos y pobres se han encontrado siempre y siguen encontrándose, pero se mantienen también, y cada vez más, visiblemente distantes.

Gran parte de los observadores contemporáneos coinciden en reconocer que, mientras a escala planetaria se ha verificado una disminución de la población en situación de pobreza extrema y una mejora de la calidad de vida en la mayor parte de los países pobres —debido probablemente al desarrollo de algunas grandes áreas del continente asiático y sudamericano—, dentro de la mayor parte de los países, incluidos los más ricos, se registra una creciente divergencia entre riqueza y pobreza[1].

Después de un largo periodo, casi un siglo, en el que estas distancias habían manifestado una clara tendencia a la reducción en los países occidentales, los últimos decenios del siglo XX han demostrado que podían crecer de nuevo de un modo inesperado[2]. Vendría así a ser refutada la idea de que el crecimiento y el desarrollo se extiendan indefinidamente en mancha de aceite, afectando a las distintas regiones, a los diversos grupos sociales y a los individuos, y

asegurándoles cada vez más similares niveles de bienestar.

Por esto, más que recurrir a las imágenes extremas de los slums asiáticos, de las favelas sudamericanas o de las townships sudafricanas, por un lado, y de los condominios fechados brasileños, los barrios cerrados argentinos o las gated communities europeas y de las dos Américas, por otro, es quizá interesante detenerse en los aspectos más comunes, menos extremos, que se pueden encontrar en las áreas del planeta que se han desarrollado más intensamente en los últimos siglos: Europa y Estados Unidos. En esta parte del planeta "la situación actual no tiene nada que ver con una herencia del pasado [...], sino que muestra más bien una rotura espectacular, invirtiendo una tendencia secular, la de una concepción de la justicia social basada en los mecanismos de redistribución, tal como se había construido a partir de finales del siglo XIX"[3]. Las regiones urbanas en esta parte del planeta aparecen hoy como el lugar donde las diferencias entre ricos y pobres se vuelven dramáticamente más visibles. En el gran teatro metropolitano las injusticias sociales se manifiestan cada vez más en forma de injusticias espaciales[4].

En Europa, por ejemplo, el oeste londinense del rich London, los beaux quartiers del sudoeste parisino y, en contraposición, el quatre-vingt-treize en Seine-Saint-Denis al nordeste de París[5], el valle del Sena y los canales de Bruselas y, en contraposición, las áreas limítrofes al forêt de Soignes[6], la parte septentrional y la meridional del cinturón del siglo XIX de Amberes, los grandes barrios de edificación pública en Rozzano[7], los de Quarto Oggiaro, Calvairate o Stadera en Milán y otros muchos casos que podrían ser recordados, en Madrid o en Berlín, en Roma y en Moscú, revelan que en todas las grandes ciudades está surgiendo una topografía social cada vez más contrastada. Esta tiene una larga historia detrás y con el tiempo se ha transformado de topografía en una topología igualmente clara, reconocible tanto en las prácticas del espacio urbano como en los imaginarios colectivos e individuales, un modo de dar sentido irreversible a los lugares y partes de la ciudad que se vuelve cada vez más nítido, como en un progresivo enfoque de su imagen.

Gran parte de los observadores coinciden en considerar que la mayor parte de la población del planeta vivirá cada vez más en

grandes áreas urbanas y metropolitanas, en todo caso dentro de amplios territorios intensamente urbanizados, aunque bastante diferentes entre sí. Muchas ciudades y áreas metropolitanas verán aumentar su población, mientras muchas otras la perderán.

París, icono del siglo XIX, igual que Londres, Viena o Berlín, es, sin embargo, muy distinta de Nueva York, Hong Kong o Singapur y de tantas ciudades verticales convertidas en iconos del siglo XX; y estas, a su vez, son muy diferentes de la North Western Metropolitan Area, la gran área de urbanización dispersa que se extiende desde Lille a Bruselas, Amberes y Róterdam hasta Ámsterdam y Colonia. Estas metrópolis se han desarrollado en periodos diferentes y son distintas entre sí aunque sean contemporáneas. Pero con toda probabilidad —esta es la primera tesis de las páginas que siguen— deberán afrontar, en el futuro próximo, problemas análogos que, en su conjunto, constituyen la "nueva cuestión urbana". Las desigualdades sociales y su manera de generar formas evidentes de injusticia espacial, junto a las consecuencias del cambio climático y a los problemas relacionados con una concepción de la movilidad como parte integrante de los derechos de la ciudadanía, representan uno de los aspectos más relevantes[8].

No es la primera vez en la historia occidental que una cuestión urbana destaca como un problema espinoso en el camino del crecimiento económico y social. Basta citar "la polémica del lujo" en el siglo XVIII (en realidad un debate sobre dónde debiera y pudiera producirse la primera acumulación capitalista)[9], la "cuestión de la vivienda" en la mitad del siglo XIX (un debate sobre las contradicciones implícitas en el paso de la producción a pequeña escala al sistema de fábrica, con la inevitable formación y concentración del proletariado en la ciudad industrial), la cuestión de la Großstadt en la transición al siglo XX (argumento principal para Simmel, Kracauer y Benjamin[10], cuando, en el "desmesurado" territorio de la metrópoli, la sociedad se des-individualiza, la muchedumbre y el público se convierten en los nuevos sujetos políticos relevantes: Le Bon[11], Tarde[12], Park[13], Riesman[14]). Finalmente, una nueva cuestión urbana basada sobre el "derecho a la ciudad" y estudiada, como es conocido, por Henri Lefevbre[15], Manuel Castells[16] y Michel de Certeau[17] sale a la luz en los años sesenta y setenta del siglo XX, cuando el modelo fordista de organización del

trabajo des-individualizado decae y cuando, al mismo tiempo, la estructura de la sociedad se articula; cuando las clases medias crecen numéricamente y en peso político, dando mayor importancia a la autonomía individual y, por tanto, a una nueva atención a lo que se refiere a la vida cotidiana y al "cuidado de sí mismo"[18].

Cada una de las veces que la estructura de la economía y de la sociedad cambian —y aquí tenemos la segunda tesis— la cuestión urbana vuelve al primer plano: al inicio de la revolución industrial, al pasar la producción industrial del campo a la ciudad, de la manufactura al sistema de fábrica; cuando la organización del trabajo fordista-taylorista construye una sociedad de masas; a su término y, en fin, al principio de lo que Bauman asocia a la "sociedad líquida"[19], Beck a la "sociedad del riesgo"[20] y Rifkin a la "era del acceso"[21]. De estas crisis la ciudad ha salido, en el pasado, cada vez distinta: en su estructura espacial, en su modo de funcionar, en la relación entre ricos y pobres y en su imagen.

Por otra parte, en cada ocasión, la cuestión urbana ha sacado a la luz nuevos temas, nuevos conflictos y nuevos sujetos que han permitido el desarrollo de nuevas y diversas ideas de la igualdad y de la desigualdad[22]. Habitualmente, la atención de los estudiosos se ha concentrado sobre todo en la relación entre capital y trabajo, quizá precisamente para que se entienda que tanto el uno como el otro, el capital como el trabajo, se han presentado cada vez con una fisonomía, unas estrategias y una naturaleza diferentes: el capitalismo manchesteriano, el fordista, el toyotismo y el mundo de las finanzas por una parte, el proletariado, las clases medias, los jóvenes desempleados de las banlieues por otra. Pero también cada vez, el surgimiento de una nueva cuestión urbana ha generado políticas y proyectos diferentes para la ciudad, en particular políticas espaciales. Temas, conflictos, sujetos, políticas y proyectos que se superponen y acumulan en el tiempo, sin clausurarse. La ciudad y el territorio contemporáneos son su archivo.

Hoy la nueva cuestión urbana emerge en años de profunda crisis de las economías y las sociedades occidentales, años en que la creciente individualización y desestructuración de la sociedad y un mayor conocimiento de la escasez de los recursos ambientales, unida a demandas crecientes en lo relacionado con la seguridad, la

salud y la educación, el progreso tecnológico y el cambio de las reglas de interacción social, construyen imágenes, escenarios, políticas y proyectos que son en parte contradictorios entre sí[23].

NOTAS

1. OSCE, 2008, Growing Unequal, París. En los últimos años se ha desarrollado una amplia literatura sobre desigualdad social. Para una lectura de conjunto, véase: M. Franzini, 2010, Ricchi e poveri, L'Italia e le disuguaglianze (in)accettabili, Università Bocconi ed., Milán.

2. P. Rosanvallon, 2011, La Société des égaux, París, Seuil, pp. 14-20 [trad. esp., La sociedad de los Iguales, Manantial, 2012, Buenos Aires] y en concreto: Piketty, 2010, On the Long-Run Evolution of Inheritance: France 1820-2050, working paper, Paris School of Economics; J. Roine, D. Waldenstrom, 2006, The Evolution of Top Incomes in an Egalitarian Society: Sweden, 1903-2004, Working Paper Series in Economics and Finance, nº 625, Stockholm School of Economics.

3. P. Rosanvallon, 2011, op. cit., pp. 14-20.

4. J. Donzelot, 2009, La Ville à trois vitesses et autres essais, Editions de la Villette, París [trad. Esp. "La ciudad de tres velocidades", La fragilización de las relaciones sociales, Ed. Círculo de Bellas Artes, Madrid, 2007]; E. W. Soja, 2010, Seeking Spatial Justice, University of Minnesota Press, Minneapolis [trad. esp., En busca de la justicia espacial, 2014, Barcelona, Ed. Tirant lo Blanch].

5. G. Kepel, 2012, Quatre-Vingt-Treize, Gallimard, París.

6. B. Secchi y P. Viganò, 2012, "La Métropole horizontale. Bruxelles et ses territoires", Bruxelles 2040, Région de Bruxelles-Capitale, Bruselas.

7. B. Secchi y P. Viganò, 2009, Antwerp: Territory of a New Modernity, SUN, Ámsterdam.

8. B. Secchi, 2010, “A New Urban Question. Understanding and Planning the Contemporary European City”, Territorio, nº 53.

9. C. Borghero (ed.), 1974,, La polemica sul lusso nel Settecento francese, Einaudi, Turín.

10. Fuzesséry, Ph. Simay, 2008, Le Choc des métropoles. Simmel, Kracauer, Benjamin, Éditions de l’éclat, París.

11. G. Le Bon, 1896, The Crowd: A Study of the Popular Mind, Londres [trad. esp., La sociología de las masas, 2005, Morata, Madrid].

12. G. Tarde [1901], 1969, “The Public and the Crowd”, On Communications and Social Influence, Selected Papers, The University of Chicago Press, Chicago [trad. esp., La opinión y la multitud, 1986, Taurus, Madrid].

13. R. E. Park [1904], 1972, The Crowd and the Public and Other Essays, Chicago, The University of Chicago Press [trad. esp., “La masa y el público, una investigación metodológica y sociológica”, REIS Revista Española de Investigaciones sociológicas 74/96, Madrid].

14. D. Riesman, 1948, The Lonely Crowd, Yale University Press, New Haven [trad. esp., La muchedumbre solitaria, 1981, Paidós, Barcelona].

15. H. Lefebvre, 1968, Le Droit à la ville, Espace et politique, París [trad. esp. El derecho a la ciudad, 1978, Ed. Península, Barcelona].

16. M. Castells, 1972, La Question urbaine, Maspero, París [trad. esp., La cuestión urbana, 2004, Sigo XXI, México].

17. M. de Certeau, 1980, L’Invention du quotidien, Union générale d’éditions, París [trad. esp. La invención de lo cotidiano, 2000, Ed. Universidad Iberoamericana, Mendoza].

18. M. Foucault, 1984, Le Souci de soi, Gallimard, París [trad. esp. El cuidado de sí, vol. 3 de Historia de la sexualidad, 2005, Siglo XXI, México].

19. Z. Bauman, 2000, Liquid Modernity, Polity Press, Cambridge [trad. esp., La modernidad líquida, 2002, Fondo de Cultura Económica, Madrid].

20. U. Beck, 1999, World Risk Society, Polity Press, Cambridge [trad. esp., La sociedad del riesgo global, 2006, Siglo XXI, México].

21. J. Rifkin, 2000, The Age of Access: How the Shift from Ownership to Access Is Transforming Capitalism, Penguin Books, Londres [trad. esp., La Era del acceso, 2000, Paidós, Barcelona].

22. P. Rosanvallon, 2011, op. cit.

23. Quiero señalar que es durante estas transiciones cuando no estamos en condiciones de recurrir a palabras simples al hablar de la ciudad. La proliferación de términos metafóricos con los cuales se alude hoy a la ciudad contemporánea es prueba de ello. Incluso en el pasado, cada recorrido a través de una crisis urbana se ha caracterizado por una serie de metáforas que trataban de representar la realidad, sus problemas y su sentido. El papel de las metáforas, como se sabe, es el de dar sentido a lo que no somos capaces de comprender plenamente. De hecho cada vez que no entendemos la situación necesitamos imágenes fuertes. El proyecto, no solo físico, de la ciudad se nos ha confiado y se nos confía a menudo en formas acríticas. B. Secchi, 2009, “A New Urban Question: Why and How Some Fundamental Metaphors Were Used”, conferencia, Ecole Spéciale d’Architecture, París.

CAPÍTULO 2

ECONOMÍA, SOCIEDAD Y TERRITORIO

Seguramente puede parecer más simple y natural percibir las diferencias entre ricos y pobres y examinar los problemas de la desigualdad observando, sobre todo, las políticas económicas y sus razones; examinando, en particular, las políticas del trabajo, del gasto público y fiscales; o las políticas institucionales, por ejemplo las que refuerzan o debilitan los derechos de la ciudadanía, o incluso las opiniones y los comportamientos de segmentos significativos de ciudadanos, en particular las opiniones de los que pertenecen a uno y otro grupo, en torno a las causas de la pobreza y al modo de aliviarla[1]. Pero es también fácil compartir la opinión de Carl Schmitt, según la cual "no existen ideas y políticas sin un espacio de referencia, ni espacios o principios espaciales que no correspondan a ideas políticas"[2]. Las reglas y los dispositivos espaciales referentes a la construcción y la gestión de la ciudad y el territorio han tenido y tienen consecuencias relevantes en lo que respecta a las relaciones, de integración o exclusión, entre ricos y pobres.

En la Unión Soviética de los años veinte, los rispecchialisti[3] sostenían que cualquier forma de expresión artística no tenía más remedio que ser espejo de la estructura social contemporánea[4]. No pudiendo y no debiendo buscar asumir ninguna autonomía al respecto, cualquier forma artística debía y podía únicamente ilustrarla, ponerla al desnudo, reflejarla en el modo más realista posible. La posición de los rispecchialisti ha sido retomada, en una versión simplificada y banalizada —y quizá sin saber nada de ella —, por muchos estudios, proyectos y políticas de la ciudad y del territorio en los últimos decenios del siglo XX, sin poner ninguna distancia crítica entre la estructura de la economía y la sociedad y la de su proyecto; negando la dimensión discursiva del proyecto y de las políticas urbanísticas; sin considerar el proyecto urbanístico como campo lingüístico en el que se forman los diversos conceptos: un campo delimitado por lo que puede ser dicho, o no, en un determinado contexto espacial, económico, social, jurídico-institucional y temporal, pero que siempre se propone el deber civil

de traspasar los límites. Lo que ha llevado a no percibir que, desde la mitad al menos del siglo XIX, el discurso urbanístico, el estudio y el proyecto de la ciudad, en Europa, pero también en Estados Unidos, se ha movido y se ha construido a menudo en contraposición a una posición "rispecchialista".

Que hoy emerja una cuestión urbana específica articulada en torno a temas difícilmente separables entre sí, como los de la desigualdad social, el cambio climático y el derecho a la accesibilidad, enseña algo importante y es —esta es la tercera tesis aquí propuesta— que el espacio, gran producto social construido y modelado en el tiempo, no es infinitamente maleable, no está infinitamente disponible ante los cambios de la economía, las instituciones y la política. No solo por la resistencia que la propia inercia espacial opone, sino también porque en alguna medida construye la trayectoria a lo largo de la cual estos mismos cambios pueden ocurrir.

NOTAS

1. B. M. Friedman, 2005, The Moral Consequences of Economic Growth, Vintage Books, Nueva York; J. K. Galbraith, 2011, L'Art d'ignorer les pauvres, LLL (publicado inicialmente en Harper's Magazine, noviembre de 1985, traducido y reproducido en Le Monde Diplomatique, octubre de 2005), París.

2. C. Schmitt, 1939, Vólkerrechtliche Grossraumordnung mit Interven-tionsverbot für raumfrende Mächte. Ein Beitrag zum Reichsbegriff im Vólkerrecht (trad. it., Il concetto d'impero nel diritto internazionale, Roma, Istituto nazionale di cultura fascista, 1941), ora in C. Sch mitt, 1995, Staat, Grossraum, Nomos. Arbeiten aus den Jahren 1916-1969, Berlin, Duncker & Humblot. [trad. esp., "El concepto de Imperio en el Derecho Internacional", Revista de Estudios políticos, nº ١٩٤١ ,١, Madrid].

3. Seguidores de la "teoría del reflejo" [N. del T.].

4. E. Roggi, 2006, Le autoblinde del Formalismo. Conversazione con Viktor B. Sklovskij tra memoria e teoria, Sellerio, Palermo.

CAPÍTULO 3

RICOS Y POBRES

Aunque sea una denominación vaga, rico y pobre son conceptos bien claros para cualquiera de nosotros. Desde el fondo del valle es difícil evaluar la altura de las cimas circundantes, sobre todo determinar su altura relativa, y desde lo alto de las cimas, sobre todo cuando el sol poniente apenas las ilumina, el valle aparece a menudo uniformemente oscuro. Pero rara vez la cima se confunde con el valle.

La pobreza, como la riqueza, es ciertamente "una complicada maraña de factores políticos, sociales, históricos, institucionales y tecnológicos"[1] y para llegar al conocimiento de la topografía social se han propuesto diversos indicadores. Los parámetros habitualmente preferidos son la renta disponible y la riqueza per cápita. La renta obviamente está ligada a otros parámetros: al tipo de ocupación; a la posición en el mercado del trabajo y en la estructura de poder; al nivel de educación; a los tipos de consumo; a las características, las dimensiones y la ubicación de la vivienda propia; a los lugares habitualmente frecuentados… A la riqueza va unida la historia personal, de la familia y del grupo de pertenencia, pero también el modo en el cual esta ha sido acumulada… Los intentos de dar cuenta, mediante indicadores complejos, del carácter multidimensional de la riqueza y de la pobreza y de sus relaciones con la calidad de vida enriquecen el mapa, pero habitualmente —por ahora al menos— no cambian sus características fundamentales[2].

Rica no es solo la persona, la familia, el grupo que dispone de una renta elevada y/o de un patrimonio notable. Rica es también la persona a quien, por usar las palabras de Pierre Bordieu[3], un consistente capital cultural, esto es, un elevado saber o una elevada profesionalidad, o un consistente capital social, o sea, una consistente red de relaciones con sus semejantes y en especial con los "poderosos", le confieren un estatus, le permiten gozar de una renta y acumular o conservar una riqueza análoga a aquella de la persona dotada de un capital económico elevado. Para Edward

Soja[4], rica es también la persona, la familia o el grupo que dispone de un adecuado capital espacial, es decir, vive en una parte de la ciudad y del territorio dotados de requisitos que le facilitan tanto la inserción en la vida social, cultural, profesional y política como en las actividades que le son más acordes.

De manera análoga, pobre no es solamente la persona, la familia o el grupo que dispone de una renta y de un patrimonio exiguo, sino también quien de hecho no dispone, ni siquiera potencialmente, de la posibilidad de disfrutar de algunos bienes y servicios esenciales para la supervivencia, como por ejemplo la atención médica; que no tiene acceso a las instituciones o a la asistencia social en sus diversas formas y cuyo capital espacial la excluye de los más elementales derechos de ciudadanía; que es estigmatizada y "etiquetada"[5] en función de su lugar de residencia.

Los dos grupos, el de los ricos y el de los pobres, tienen identidades y límites inciertos y móviles. A lo largo del tiempo y en las diversas regiones del planeta han sido y son identificados y delimitados de modos diferentes. En la "sociedad líquida"[6] contemporánea son grupos habitualmente bastante imbricados y no claramente identificables por su posición dentro del proceso productivo, como sucedía —por ofrecer una imagen esquemática— con la burguesía y la clase obrera, ni por su posición dentro de una jerarquía consolidada de soberanía y jurisdicción territorial, como ocurría con la aristocracia del antiguo régimen. Su identidad y sus límites se definen con más frecuencia dentro de la más vaga, móvil, a menudo contradictoria y conflictiva geografía del poder. Sobre todo, rico y pobre no son categorías especulares: lo que define la riqueza no siempre contribuye a definir por ausencia la pobreza y, viceversa, lo que define la pobreza es a menudo irrelevante para definir la riqueza. Entre las dos situaciones está, como es notorio, tanto en la ciudad como en la sociedad, una tierra de nadie, móvil y difícilmente definible, pero que, sobre todo en el último siglo, ha crecido cuantitativamente, desempeñando a menudo un papel bastante importante en la ocultación de las situaciones extremas.

Dentro de las sociedades democráticas modernas el conjunto de los ricos es en principio un conjunto abierto: cualquiera puede tener esperanza de entrar y todos deberían saber que el riesgo de ser

expulsados es real. Igualmente abierto es el conjunto de los pobres: el riesgo de ser arrastrado está siempre presente, las posibilidades de salir son más reducidas, pero no nulas. No nos puede por tanto sorprender si, como todos los grupos dominantes del pasado, el grupo de los ricos trata de hacer valer como principio propio evolutivo y de autodefensa, en conflicto con otros grupos sociales y aun a costa de reducir el espacio de la democracia, un principio indirecto de cooptación y exclusión selectiva: procura utilizar un conjunto de dispositivos, también de naturaleza espacial[7], para mantener a distancia a los que no forman parte de ellos, para obstaculizar la entrada de algunos y dar visibilidad a los miembros propios, definiendo reglas complicadas y a menudo redundantes de comportamiento interno del grupo. Lo que hace que la apertura inicial del grupo de los ricos derive habitualmente en un cierre mucho más rígido, que tiene su reflejo en barreras cada vez más sólidas que delimitan al grupo de los pobres.

Algunos aspectos de la ciudad contemporánea parecen ser el terreno donde se desenvuelven estas estrategias y conflictos y donde se escenifica su resultado provisional. Las retóricas de la seguridad, por ejemplo, transformando eventos aleatorios, temporales y no sistemáticos, de los que se enfatiza el alcance y las consecuencias, en fenómenos que se describen como generalizados y persistentes, son uno de los principales, aunque más banales, instrumentos[8].

NOTAS

1. W. Easterly, 2006, The White Man’s Burden. Why the West’s Efforts to Aid the Rest Have Done So Much Ill and So Little Good, Penguin, Nueva York.

2. M. Franzini, 2010, op. cit.

3. P. Bourdieu, 1979, La Distinction. Critique sociale du jugement, Les Éditions de Minuit, París [trad. esp., La distinción, 2012, Taurus, Madrid].

4. E. W. Soja, 2010, op. cit.

5. Etiquettage es el término utilizado frecuentemente en Francia para indicar precisamente la estigmatización de las personas en función de su lugar de residencia, en concreto de su residencia en los llamados barrios "difíciles".

6. Bauman, 2003, Liquid Life, Polity Press, Cambridge [trad. esp., Vida líquida, 2006, Paidós Ibérica, Barcelona].

7. Flusty, 1997, "Building Paranoia", en N. Ellin y E. J. Blakely (eds.), Architecture of Fear, Princeton Architectural Press, Nueva York.

8. Bauman, 2003, City of Fears, City of Hopes, Goldsmith College, University of London, Londres [trad. esp., Confianza y temor en la ciudad, 2008, Arcadia, Barcelona].

CAPÍTULO 4

ESTRATEGIAS DE EXCLUSIÓN

La concentración en las grandes ciudades de los que, a lo largo del tiempo, una y otra vez han sido presentados como plebe, misérables, populace, classes dangereuses, loubars, racaille, zonards, o más simplemente como pobres, ha inquietado siempre y por doquier, al menos en cuanto a la enfermedad y a la penuria con que a menudo se les ha asociado. Como la lepra, la peste y la viruela, la pobreza ha estado en el origen del pánico individual y general que ha actuado sobre el imaginario colectivo, dando lugar a diferentes dispositivos de seguridad[1]. Como la lepra, la peste o la viruela, el miedo al pobre, al extranjero, al nómada, al distinto, a menudo ha originado la demanda de políticas específicas de exclusión, de control, de alejamiento o internamiento[2], que han llevado, también la mayoría de las veces, a la obsesiva búsqueda y estigmatización de determinados grupos sociales. Algunas páginas de I Promessi Sposi —de las mejores— se dedican a los efectos multiplicadores del miedo generado por la retórica de la seguridad.

El miedo desarrolla la intolerancia, rompe la solidaridad y disgrega la sociedad, sustituye la ciudadanía y la virtud cívica[3], hace que, manzonianamente, el buen sentido "se mantenga oculto por miedo al sentido común". Gran parte de la heterogeneidad y fragmentación espacial de la ciudad contemporánea hunde sus propias raíces en sucesivos movimientos de rotura del sistema de solidaridad y en el correspondiente emerger de sistemas de intolerancia, ya sean de carácter sanitario, religioso, étnico o cultural, o tengan relación con diferentes modos de vida o niveles de renta, hábitos de consumo o cuestiones relativas a las características del espacio habitable. La intolerancia niega la proximidad, separa y aleja actividades, edificios, espacios públicos, sus habitantes y usuarios. La configuración de la ciudad y el territorio cambia constantemente, transformando aspectos fundamentales de la estructura económica y social, se modifican los sistemas de solidaridad e intolerancia dentro de la sociedad. Toda la historia de la ciudad occidental, quizá de cualquier ciudad, podría escribirse haciendo referencia a los sistemas de compatibilidad e

incompatibilidad recíprocos entre personas, grupos sociales y actividades, que la han caracterizado en los diversos periodos y en las diversas partes del planeta. También hoy, la cuestión urbana se manifiesta cada vez más como explosión de nuevos sistemas de intolerancia.

El miedo que domina el mundo actual no es, sin embargo, un fenómeno nuevo; no ha existido jamás una época en la que no haya habido miedo. El miedo ha atravesado toda nuestra historia desde la más remota antigüedad[4]: miedo de las agresiones del enemigo, de los infieles, de la enfermedad y del contagio, de la penuria y del hambre, miedo de los desastres naturales, de la naturaleza madrastra, miedo del otro y del distinto. Al cambiar la naturaleza de lo que atemoriza cambia la retórica de la seguridad y, sobre todo, cambian los dispositivos aptos para combatir el miedo: pero "los elementos de esta serie [...] no se suceden [...] los unos a los otros, los que surgen no hacen desaparecer a aquellos que les preceden"[5].

Selección de lugares inaccesibles, bien defendidos por barreras naturales; construcción de vallas y muros o de obras de ingeniería hidráulica; normas de policía sanitaria, alimentaria y comercial que limitan la entrada, la salida o el tránsito, que definen el estatuto especial de determinados individuos o grupos sociales, de productos y mercancías específicos, de lugares y territorios; rejas, calles y accesos controlados por contraseñas, videocámaras y guardas armados: el catálogo de dispositivos es extenso, pero no infinito. A lo largo de la historia se han perfeccionado y puesto a punto, se les ha dado una importancia y prioridad distintas; sobre todo, se han combinado de maneras diferentes y se han justificado de distinta forma desde una notable e invasiva retórica de la seguridad. Dentro de la sociedad actual de la comunicación, las retóricas tienen consecuencias materiales bastante más evidentes que los propios hechos que intentan evocar.

Pero el miedo no es el único responsable de la distinción y separación espacial, entre el territorio y la ciudad, de actividades y profesiones, de individuos y grupos dotados de identidad y reglas diferentes, de grupos étnicos y religiosos, de ricos y pobres. En la misma dirección han operado desde siempre las tradiciones

religiosas, científicas y profesionales y, entre estas últimas, las políticas de la ciudad y el territorio tienen un puesto privilegiado[6].

Nombrar, situar, definir, especificar y delimitar, separar y alejar, atar y unir, abrir o cortar, dar dimensiones concretas a cada conjunto de objetos o bien a cada material urbano, por ejemplo a un conjunto de edificios residenciales o de equipamientos escolares, para el deporte o el espectáculo, a una calle o a un jardín, conforman la caligrafía de los principales dispositivos del proyecto de la ciudad y del territorio y a la vez los principales dispositivos de control de la compatibilidad o incompatibilidad entre sus diversos destinos de uso, de distribución virtuosa o perversa del bienestar y de construcción de una idea compartida de seguridad. De esta manera, definir las características morfológicas y tipológicas de una parte de la ciudad puede traducirse —más allá de las intenciones—, en una política de separación y exclusión: alta o baja densidad, grandes slabs, casas de pisos en vez de villas unifamiliares con jardín. O bien especificar su nivel de infraestructuras y equipamientos: cuántos espacios verdes, cuántos aparcamientos, cuántas guarderías, escuelas y centros sanitarios; separarla o juntarla al centro de la ciudad, a la ciudad existente o a otras partes similares; dotarla o no de fáciles y rápidos enlaces a través del transporte público; situarla sobre la pendiente de la colina o en el fondo del valle, a barlovento o a sotavento, próxima a una zona industrial o con vistas al mar, sobre terreno geológicamente estable o inestable, sujeto a desprendimientos o a posibles inundaciones o al resguardo de semejantes eventos; o bien separarla de otras partes de la ciudad diferentes por la población y actividad localizadas. O, incluso, interponer entre las zonas amplias franjas verdes o barreras de infraestructuras que las cerquen como muros; definir procedimientos de acceso a las diferentes partes de la ciudad, a sus equipamientos escolares o sanitarios, a sus alojamientos; construir parte de la ciudad específicamente destinada a grupos sociales para los cuales es difícil acceder al mercado, manzanas populares o grands ensembles concebidos como monumentos de una sociedad democrática que reduce la complejidad social y visual de la ciudad, que separa la población en función de la renta y de otras connotaciones asociadas a la pobreza.

La historia de la ciudad y del territorio, de cualquier ciudad y de

cualquiera que sea el territorio, puede obviamente ser narrada de modos diversos: como historia de su arquitectura y su forma de asentamiento, de los modos de ocupación y uso del territorio, de las diversas técnicas que han ayudado y condicionado su construcción y modificación; o como historia de sus habitantes, de su cultura y de sus conflictos. Pero puede ser contada también como historia de la construcción de algunas grandes visiones y acciones geopolíticas y de su resultado. Lo que cambia mucho esta historia no es tanto el catálogo de dispositivos institucionales, jurídicos, económicos y espaciales utilizados dentro de las diversas visiones geopolíticas como su sentido y utilización, su interrelación y estructura, la importancia que se asigna al plano funcional o al simbólico.

Un muro es un muro, pero su sentido, uso y papel son distintos cuando sirve para protegerse de la intemperie o del ruido, para delimitar un jardín o un terreno cultivado, para separar a los apestados del resto de la ciudad, para vallar un gueto o una gated community, para separar dos regímenes políticos o dos áreas dentro de las cuales se han establecido principios jurídicos diferentes. Una autopista, o una carretera de gran capacidad, unen rápidamente puntos situados a cierta distancia, pero a la vez son una barrera ruidosa y contaminante que separa el territorio de su derecha del de su izquierda; separación que se revelará inaceptable si sucede en la ciudad de los ricos, pero a la que nadie prestará la debida atención si sucede en la ciudad de los pobres[7], si se utiliza para separar a los ricos de los pobres. Los ejemplos que habitualmente se nos cuentan son casos extremos, pero demasiado frecuentes para no formar parte de políticas explícitas de separación, distanciamiento y exclusión[8]. En las historias de las ciudades y de los territorios no se tienen en cuenta estas cuestiones de los diversos dispositivos físicos y espaciales, madurados normalmente en periodos bastante extensos; se alude a ellos genéricamente, sin relacionarlos de forma precisa con las visiones geopolíticas que revelan y cuyas actuaciones consienten.

Cada uno de estos dispositivos y su conjunto se han consignado en muchos escritos, discursos y planos de arquitectos o urbanistas, en afirmaciones con pretensión científica, en tomas de posición morales, en instituciones específicas, en procedimientos administrativos, en normas y reglamentos, en conceptos jurídicos y,

naturalmente, en las propuestas y en las realizaciones de muchos planes urbanísticos y de muchos proyectos de arquitectura. La tradición de las políticas de la ciudad ha conjugado y utilizado de maneras contradictorias estos materiales heterogéneos, construyendo diferentes formaciones discursivas, diferentes escenificaciones y diferentes partes de ciudad: de aquí nace su diversidad en las distintas partes del planeta.

Tradición es un término rico, que hace referencia a algo específico y reconocible, dotado a lo largo del tiempo de un cierto grado de permanencia; algo que se transmite fielmente de unas generaciones a otras a través de informaciones, testimonios, enseñanzas y ejemplos orales, escritos, diseñados y construidos; algo constitutivo de un conjunto de imágenes y de reglas que hacen que la experiencia entera de un país o de una ciudad pueda ser comprendida por sus habitantes, ya sea en sus aspectos comunes con otros países, regiones y áreas, ya sea en sus aspectos más particulares. Tradición es también un término débil que no puede ser considerado sinónimo de estructura institucional, jurídica o teórica; para comprender sus características es necesario prestar mucha atención no solo a sus aspectos más fuertemente institucionalizados, sino también a su modo de manifestarse dentro de la práctica cotidiana, a su modo de expresarse dentro de la usual práctica lingüística, en juicios ampliamente compartidos. Es necesario percibir en estos terrenos las diferencias, por ejemplo, entre la tradición europea y la norteamericana; entre la norteamericana y la latinoamericana, india o china.

Las tradiciones, incluidas las científicas, se caracterizan por una serie de obligaciones metafísicas y metodológicas y por sus correspondientes prohibiciones. Por ejemplo, lo que se entiende como espíritu “republicano” en Francia. En este sentido una tradición puede ser identificada con una serie de elementos no rechazables que la constituyen y que son considerados sacrosantos: toda política está llena de ellos[9]. Es el conjunto de estas obligaciones, prohibiciones y elementos sacrosantos lo que une la tradición a cada sociedad local, sea esta la constituida por una gran comunidad nacional y lingüística o la formada por una pequeña y específica cultura regional[10].

Algunas grandes áreas del mundo occidental han afrontado y afrontan de hecho los problemas de la desigualdad urbana, y de la integración o de la exclusión de los diferentes grupos sociales, con obligaciones, prohibiciones y dispositivos ciertamente específicos, esto es, con conjuntos particulares y heterogéneos de "discursos, instituciones, estructuras arquitectónicas, decisiones reguladoras, leyes, medidas administrativas, enunciados científicos, proposiciones filosóficas, morales y filantrópicas"[11]. Muchos de estos dispositivos no se extienden nunca a las restantes partes del planeta. La literatura a este respecto es inmensa.

Obviamente, las tradiciones europea y americana, latinoamericana o de otros países distan mucho de ser independientes o estar separadas; distinguirlas corresponde solo a una primera tosca imagen. Y si bien en su interior puedan individualizarse a posteriori notables diferencias —por ejemplo, en lo que se refiere a Europa, las diferencias entre los países escandinavos y los mediterráneos, entre Inglaterra y los países continentales— quizá, bajo el impulso de la globalización y de los imponentes movimientos de población entre varios continentes que caracterizan el último siglo y medio, tenderán cada vez más a asemejarse y a unificarse, como han tendido a parecerse las políticas redistributivas del welfare desde su comienzo, al final del siglo XIX, hasta los últimos decenios del veinte. Podemos así encontrar muchos elementos de la tradición europea en América del Norte y viceversa[12]. Análogamente, como es bien sabido, podemos encontrar muchos elementos de la tradición europea, norteamericana y latinoamericana en numerosas ciudades asiáticas y africanas.

Sin embargo, los resultados de cada tradición son, de momento, diferentes. La ciudad europea es aún muy distinta de la de otros continentes y es por esto que las tradiciones a las que hago referencia se presentan tan distantes. Incluso dentro de cualquiera de ellas se pueden percibir profundas diferencias: uno de los aspectos que más lo pone en evidencia es la topografía de la riqueza y de la pobreza, cómo la una y la otra se concentran o distribuyen espacialmente en las diferentes ciudades. Muchos indicadores pueden, no obstante, hacer sospechar que, en una época de creciente globalización e individualización de la sociedad, de progresiva demolición de las estructuras institucionales y culturales

del Welfare State y de profunda modificación de las estructuras demográficas de las diversas partes del mundo, las tradiciones más recientes puedan arrollar a las más antiguas, creando, en cualquier parte del mundo, diversos e importantes problemas para el futuro de la ciudad y para su proyecto; lo que, en un planeta que se urbaniza cada vez más, es como decir creando diversos e importantes problemas para el futuro de la humanidad y para las políticas que intentan construirlo.

NOTAS

1. Foucault, 1977-1978, 2004, Sécurité, territoire, population. Cours au Collège de France, Seuil/Gallimard, París [trad. esp., Seguridad, territorio, población, 1977-1978, Curso del Collège de Francia, 2006, Fondo de Cultura Económica, México].

2. M. Foucault, 1975, Surveiller et punir. Naissance de la prison, Gallimard, París [trad. esp., Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión, 1978, Siglo XXI, México].

3. C. Galli, 2011, Il disagio della democrazia, Einaudi, Turín [trad. esp., El malestar de la democracia, 2013, Fondo de Cultura Económica, México].

4. J. Delumeau, 1978, La Peur en Occident, Hachette, París; V. Fumagalli, 1994 [trad. esp., El miedo en Occidente, 2012, Penguin Random House Grupo Editorial, Barcelona]; G. Amendola, 2008, La cittá postmoderna. Magie e paure della metropoli contemporanea, Laterza, Roma-Bari [trad. esp., La ciudad posmoderna, 2000, Celeste ediciones, Madrid].

5. M. Foucault, 2004, op. cit.

6. M. Dikeç, 2007, Badlands of the Republic. Space, Politics and Urban Policy, Blackwell Publishing, Londres.

7. Es revelador al respecto el caso del enterramiento de la Avenue Charles de Gaulle en Neuilly-sur-Seine relatado en M. Pinçon, M.

Pinçon-Charlot, 2007, Les Ghettos du Gotha. Comment la bourgeoisie défend ses espaces, Éditions du Seuil, París.

8. A. Petti, 2007, Arcipelaghi e enclave. Architettura dell'ordinamento spaxiale contemporaneo, Bruno Mondadori, Milán.

9. I. Lakatos, 1970, "Falsification and the methodology of scientific research programmes", en I. Lakatos y A. Musgrave (eds.), Criticism and the Growth of Knowledge, Cambridge University Press, Cambridge [trad. esp., La metodología de los programas de investigación científica, 1983, Alianza Editorial, Madrid].

10. B. Secchi, 1996, Nuove visioni della periferia, Bollettino del Dipartimento di Urbanistica e Pianificazione del Territorio, Università degli Studi di Firenze, Florencia.

11. Foucault, 1994, Dits et écrits, 1954-1988, D. Defert y F. Ewald (eds.), Gallimard, París [trad. esp., Dichos y escritos, 2002, Editora Nacional, Madrid].

12. R. Fishman (ed.), 2000, The American Planning Tradition. Culture and Policy, Washington DC, The Woodrow Wilson Center Press-The Johns Hopkins University Press, Baltimore.

CAPÍTULO 5

RICOS

Burguesía y clases medias han practicado siempre una política de "distinción", en el sentido que daba al término Pierre Bordieu. El adjetivo "distinguido", calificativo de una persona, de un grupo o de un lugar, tiene una larga historia en la cultura occidental y ha estado siempre muy presente en el vocabulario de los ricos y de las clases medias.

A partir de finales del siglo XVIII, con la emergencia gradual de una consistente burguesía, en Inglaterra y después también en otros países europeos se modifica todo el sistema de valores relativos al habitar y a la ciudad. Lo doméstico comienza a asumir una importancia cada vez mayor por tres tipos de motivos: la presión de los movimientos evangélicos, para los cuales la casa se convierte en un microcosmos, núcleo de una sociedad ideal opuesta al mundo externo; los progresos tecnológicos y sanitarios, con la consecuente disminución de la mortalidad infantil y la mayor presencia de jóvenes en la familia; la separación, finalmente, de la familia y de la casa de las actividades profesionales u ocupacionales de las nuevas generaciones. El mundo burgués se separa en dos: en una especie de exterior, el mundo del trabajo y la ciudad, y en un interior, el mundo de la casa y de la familia, el estuche del compás y sus accesorios inmerso en el terciopelo evocado por Benjamin en sus escritos de los años veinte[1]. La narrativa del siglo XIX está llena de personajes que distinguen y separan, o aspiran a distinguir y separar, claramente los dos mundos, y es en los decenios iniciales del siglo XIX donde se sitúan las primeras realizaciones de partes de la ciudad —como Edgbaston, la Belgravia de Birmingham—, en las cuales se impide la presencia de negocios e incluso de actividades profesionales llevadas a cabo dentro de la propia residencia[2].

Pero el momento crucial, tanto en Inglaterra como en Francia y a continuación en otros países europeos, se sitúa quizá en torno a la mitad el siglo XIX, cuando la burguesía, seguida después por buena parte de las clases medias, afirma con fuerza los valores de la privacity, del confort y del decoro. Empezando por el alojamiento[3].

Abandonada la idea de que la residencia debiera representar el propio estatus, como ocurría con la aristocracia del antiguo régimen, o que fuera el lugar de la ostentación del "lujo", contra lo cual polemizará el rigor protestante de la naciente burguesía, se empieza a prestar mayor atención a las relaciones entre el cuerpo y su ambiente más próximo: limpieza, calor y luz, pero también articulación y separación de los diversos espacios del alojamiento y su adaptación a la nueva ritualidad de la recepción de los huéspedes, a la versión burguesa de la más antigua tradición aristocrática del salón[4].

Desde el alojamiento, la búsqueda del confort se extiende a los principales lugares de la sociabilidad mundana: a los teatros, a los hipódromos y a los terrenos del deporte, a los parques, jardines y calles arboladas, a los lugares que acogen fiestas, cócteles, cenas, museos y espacios de exposiciones; en la ciudad como en los complejos de villas de moda o en las grandes partidas de caza repartidas por el territorio; espacios sobre los que se construyen redes de conocimiento, alianzas culturales, económicas y políticas: donde la burguesía se define como clase y construye, en los términos de Pierre Bordieu, el propio capital social y cultural. El París haussmaniano, como el Londres victoriano, las áreas del Ring de Viena y un poco más tarde el Milán burgués de Beruto son su escenificación plástica.

Un siglo más tarde, a medida que el grupo de los ricos se vuelve, en sentido relativo, más pequeño y la distancia con los pobres aumenta, las políticas de distinción cambian: a las políticas de identificación y reconocimiento se unen las de separación y exclusión. Los ricos barrios residenciales del París de la Tercera República, del Londres victoriano, de la Viena fin de siècle, o del Milán de Beruto eran y son aún bien distintos de una gated community, aunque muchos edificios se parecen cada vez más a los condominios fechados de Sao Paulo[5]. Europa tiene una larga historia de ciudad y en la complejidad del "palimpsesto" del territorio europeo muchos aspectos de nuestro mundo y de su posible futuro se manifiestan desenfocados, confusos y más difíciles de reconocer. Un viaje a lo largo del continente americano, un continente en el cual la condición social ha tenido siempre un papel menor que en Europa, puede, sin embargo, enseñarnos muchas

cosas.

Si desde Canadá nos movemos hacia el sur, a través de Estados Unidos, México, los países de América Central, Brasil y Argentina, nos damos cuenta del progresivo aumento de la frecuencia y de la creciente transformación de las razones y el carácter de las gated communities. Algunas ciudades del Centro y Sudamérica se han convertido en representación clara del resultado de procesos de distinción y de exclusión/inclusión social.

Incluso parece interesante observar los fenómenos en su versión extrema, percibir cuánto de nuestro futuro pueda ocultarse allí, notar las diferencias con que se manifiestan en los diversos contextos sin atrincherarse en el mito consolatorio de una diferencia y especificidad europeas no eliminables. Puede llevar a cometer errores, pero a menudo permite ver antes, pre-ver lo que hay delante de nuestros ojos y que nos obstinamos en no querer percibir.

En Brasil, por ejemplo, la compañía americana Alphaville ha construido y está construyendo algunas decenas de condominios fechados de grandes dimensiones, verdaderas y exclusivas ciudades nuevas con una población que puede superar en algún caso a los 100.000 habitantes. En Argentina, en el área de Buenos Aires, al comienzo del siglo XX podían contarse cerca de 450 condominios cerrados, cada uno con su propio nombre[6]. El modelo urbanístico de referencia más frecuente es el del new urbanism nacido en Estados Unidos en los años ochenta y que ya en Peter Calthorpe, su ideólogo y propulsor, se mostraba del todo coherente —excepto en el lenguaje urbano— con la carta fundacional de la arquitectura y del urbanismo del Movimiento Moderno, esto es, con la Carta de Atenas, de la que se hacía una relectura a la luz de criterios estéticos que es inevitable señalar como “populistas”, aunque reconvertidos para clases medias altas. En los años noventa una versión más avanzada del new urbanism se apropia de las nuevas “teorías” ecológicas. Las smart cities estadounidenses, como las Alphaville brasileñas, las utilizan dentro de una gran retórica de marketing en la cual el tema de la seguridad, de una parte, y el de la calidad ambiental, de otra, se vuelven los pilares de la construcción de una nueva sociedad.

Dentro de estas ciudades, tanto en Brasil como en Estados Unidos, en México, en Colombia, en Venezuela o en Argentina, obviamente viven los ricos: la gated community es su capital espacial, lo que los distingue del resto de la población. Entran por cooptación familias e individuos dotados —por usar una vez más las palabras de Pierre Bordieu— de elevado capital económico y/o cultural, y/o social; de rentas elevadas, y/o de elevado nivel de educación y profesionalidad, y/o de una red de relaciones sociales con los más altos grados del poder. Es notorio el caso del rechazo de una gated community argentina a aceptar la candidatura del más famoso futbolista del país.

La cooptación en los diferentes círculos, clubes y asociaciones es, por lo demás, en todo el mundo occidental y hace tiempo, el procedimiento utilizado por las clases superiores para reconocerse y encontrar, directa o indirectamente, adhesión y complicidad[7]. Un procedimiento articulado y complejo que confía en el proyecto educativo de los jóvenes en los rallyes, en la asistencia a determinadas escuelas, en la participación en las fiestas organizadas en los diversos círculos y clubes[8]. Los grupos emergentes que habitan en las gated communities adaptan su propio estilo de vida, su propia renta y su propio estatus al de sus homólogos, ya vivan estos en los beaux quartiers de Nueva York, o en Los Ángeles o en París, o en otras gated communities distribuidas por el mundo. Los pobres, desocupados o que llevan a cabo los trabajos más humildes de manutención y limpieza de las casas, de los jardines, de las calles y de las piscinas del club, viven en favelas o en áreas situadas a menudo en el entorno inmediato de la gated community. La burguesía parisina de la Tercera República construía les chambres de bonne en las buhardillas.

No existen evaluaciones globales —y la cosa no debe extrañar— de los que viven en las gated communities. Edward Blakely y Mary Gail Snyder, en 1996, estimaban en cerca de 10 millones los ciudadanos estadounidenses que vivían en 20.000 gated communities[9]. En 2001, Thomas Sánchez y Robert Lang, con una evaluación más ajustada, contabilizaban casi siete millones de familias (cerca del 5,9 por ciento de las familias estadounidenses) que vivían en comunidades encerradas por muros y en otros cuatro millones las que vivían en comunidades con diversos tipos de

control de acceso[10]. En total, en 2001, al menos 16 millones de personas vivían en Estados Unidos, dentro de gated communities.

La gated community es la negación de la ciudad, pero se convierte, junto a las favelas y los barrios pobres que inevitablemente las acompañan, en representación espacial de las características de la nueva sociedad y de su política de distinción o, en otros términos, de inclusión/exclusión. Pero la gated community, como de forma más discreta el círculo, el club o los impenetrables beau quartiers y de manera más ambigua y adornada los numerosos eco-barrios europeos, es algo más: es un estado de suspensión del orden jurídico-institucional del Estado al que pertenece; es lugar de nuevas y específicas formas de gobernanza construida ad hoc y aceptada en un pacto de mutuo acuerdo por sus habitantes; es Estado dentro del Estado. Los aspectos jurídico-institucionales de la gated community son tan importantes como los físico-espaciales.

Naturalmente, el mundo de las gated communities, y más en general de la ciudad de los ricos, es muy variado y su importancia y composición social cambia según la estructura social de los diversos países y de las diversas áreas metropolitanas en las cuales se inserta. Entre las gated communities argentinas y el barrio bobo o el barrio exclusivo parisino hay profundas diferencias que no pueden infravalorarse. Papel, extensión y dinámica de las clases medias son en todo caso variables importantes para determinar su estructura y desarrollo.

Lo que resulta interesante observar en las diversas situaciones es, por ejemplo, cómo opera exactamente la política de distinción sobre las clases medias: una parte es absorbida e incluida dentro de los estratos más ricos y/o potentes de la sociedad, se apropia de un capital espacial específico y queda incluida en la gated community; otra, bastante más amplia, es gradualmente excluida y arrastrada hacia una progresiva pobreza. La ciudad y el territorio construidos por la ciudad de los ricos son cada vez más “distinguidos” y fragmentados.

La búsqueda paciente de muchos arquitectos y urbanistas durante todo el siglo XX ha intentado, sobre todo en Europa, hacer que las distancias en la calidad del espacio usado por cualquier grupo social, dentro y fuera de la propia vivienda, fuesen menores que las

que había entre los respectivos niveles de renta y de poder. Es a causa de movimientos, proyectos e intervenciones de este tipo por lo que el urbanismo, durante mucho tiempo, no ha sido "rispecchialista". Pero en los últimos decenios del siglo XX, en un periodo de progresivo crecimiento numérico y de centralidad política de las clases medias y del desmantelamiento del welfare state, el espacio habitado por diversos grupos sociales se ha vuelto a separar y divergir en sus aspectos fundamentales, alimentando las políticas y los comportamientos generadores de exclusión.

Entre la ciudad de los ricos y la de los pobres ha tomado cuerpo, además, la "ciudad difusa"[11], una ciudad dispersa como en Flandes, en el norte de Italia, y en otras muchas regiones europeas, sobre extensísimos territorios. La dispersión es la forma de ciudad de la parte de la sociedad más fuertemente individualizada, recluida dentro de la ideología del arraigo y de la identidad; celosa de lo "privado", de la intimidad y familiaridad de lo cotidiano, del "cuidado de sí mismo", atenta a la construcción del pequeño mundo local propio, que, por miopía ético-intelectual, se vuelve responsable implícita y a veces explícitamente de los aspectos más crueles de la exclusión de quien procede de un mundo más amplio y global.

NOTAS

1. W. Benjamin, 1982, Das Passagen-Werk, Frankfurt a.M., Suhrkamp Verlag [trad.esp., El Libro de los pasajes, 2005, Akal, Madrid].

2. C. Hall, 1990, "The Sweet Delights of Home", en M. Perrot (ed.), A History of Private Life, vol. 4, Harvard University Press, Cambridge (Mass.).

3. J. E. Crowley, 2001, The Invention of Comfort. Sensibilities and Design in Early Modern Britain and Early America, The Johns Hopkins University Press, Baltimore; J. Flanders, 2003, The Victorian House, Harper Perennial, Londres.

4. B. Craveri, 2001, La civiltá della conversazione, Adelphi, Milán [trad. esp., La cultura de la conversación, 2007, Siruela, Madrid].

5. M. Pinçon, M. Pinçon-Charlot, 2007, op. cit.

6. M. Svampa, 2004, La brecha urbana. Countries y barrios privados, Capital Intellectual, Buenos Aires; N. R. Libertun de Duren, 2007, Growth and Poverty in the Urban Fringe. Decentralization, Dispersion, and Inequality in Greater Buenos Aires, Ph.D. Thesis, Harvard University, Buenos Aires; G. Cáceres, F. Sabatini (eds.), 2004, Barrios cerrados en Santiago de Chile: entre la exclusión y la integración residencial, Lincoln Institute of Land Policy/Instituto de Geografía-Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago.

7. M. Pinçon y M. Pinçon-Charlot, 2007, op. cit.

8. G. W. Domhoff, 1983, “The American Upper Class”, Id., Who Rules America Now?, Simon & Schuster, Nueva York, reeditado en S. J. Ferguson, 1996, Mapping the Social Landscape. Readings in Sociology, Mountain View (Cal.), Mayfield Publishing Company.

9. E. J. Blakely y M. G. Snyder, 1997, Fortress America: Gated Communities in the United States, Brookings Institution Press, Washington DC.

10. T. W. Sanchez y R. E. Lang, 2002, Security versus Status. The Two Worlds of Gated Communities, Census Note 2002, Metropolitan Institute at Virginia Tech, Alexandría (VA).

11. F. Indovina, 1990, La città diffusa, Dipartimento di Analisi economica e sociale del territorio, Istituto Universitario di Architettura, Venecia [trad. esp., “La ciudad difusa”, en Ángel Martín Ramos, Lo urbano en 20 autores contemporáneos, 2004, Ediciones UPC, Barcelona].

CAPÍTULO 6

POBRES

Los ricos a menudo han preferido construir su ciudad en zonas no urbanizadas con anterioridad: a lo largo de la upper Fifth Avenue en Nueva York, como nos contó Edith Wharton en La edad de la inocencia (1920), en el 16º arrondissement de París, en Belgravia en Londres, a lo largo del Ring en Viena. Incluso en el oeste de Moscú la Roubliovka —hoy una de las partes más ricas de la ciudad, donde los nuevos ricos y los poderosos viven en villas cercadas por zabor, las murallas que los encierran— fue originalmente una reserva de caza en tiempos de Iván IV, sede de la dacha de Stalin, residencia de los burócratas soviéticos durante los años treinta del siglo XX, y antes de los artistas.

En estas zonas, tanto en París como en Londres, era posible construir viviendas del tamaño deseado, lugares de sociabilidad mundana, calles arboladas, jardines y plazas confortables y, sobre todo, obtener la homogeneidad de los habitantes excluyendo los diferentes. Al mundo del trabajo, a las oficinas y a los comercios se les dejó parte de la ciudad existente y a los pobres se les dejaron las badlands[1], las áreas que desde hacía tiempo, por diversas razones, habían adquirido una mala reputación: áreas húmedas, pantanosas o fácilmente inundables, geológicamente inestables, al lado de los cementerios, cárceles u hospitales; cerca de los ferrocarriles, los viaductos de la autopista o del metropolitano, de las grandes industrias, o encerradas por diversas barreras de infraestructuras, ruidosas, “más allá de las murallas” y mal comunicadas por transporte público, en el fondo de los valles, mal soleados y a sotavento, donde en el pasado se habían asentado los bidonvilles, o, simplemente, lejos del centro de la ciudad y de los lugares donde viven los ricos. Distinción y exclusión son aspectos inseparables en la construcción de la ciudad moderna.

Desde los años setenta del siglo XX, Amberes, por ejemplo, al igual que muchas otras ciudades europeas, se convirtió en destino de flujos migratorios intensos. Poblaciones en primer lugar magrebí-marroquí, a continuación, de manera más genérica, africana, turca,

india, y, por último, balcánica y de Europa del Este han invadido la ciudad y, especialmente, una parte sustancial de su centro del siglo XIX. No todos los extranjeros son iguales, sobre todo, en la percepción de los habitantes de Amberes. La comunidad judía vinculada a la transformación y el comercio de diamantes, por ejemplo, ha estado presente desde hace mucho tiempo y aunque está en un proceso de empobrecimiento progresivo no es pobre de media, ni pobre es el grupo hindú, que también está vinculado con el comercio y el procesamiento de los diamantes. La población pobre se concentra en los africanos y los europeos del este, los grupos que los habitantes de Amberes, como los de Bruselas, consideran los más peligrosos. Ellos son los protagonistas de la retórica de la seguridad.

La reacción de los habitantes de Amberes ha sido aparentemente doble: una parte muy sustancial, persiguiendo un profundamente arraigado flemish dream[2], ha abandonado la ciudad y se ha trasladado a la inmensa expansión urbana del noroeste del Área Metropolitana, una vasta región que se caracteriza por una fuerte dispersión de los asentamientos y, más concretamente, de casas unifamiliares con jardín.

Otra parte de la población de Amberes ha reaccionado a la intensidad de los flujos de inmigración con una política de división: separando o, siguiendo una larga tradición que se puede encontrar en muchos otros casos, dejando que se separaran entre sí los grupos étnico-religiosos, actividades, idiorritmos[3], estilos de vida, uso de espacios e instalaciones públicas; reduciendo la parte central de Amberes a una suerte de puzle cuyas distintas teselas están fuertemente connotadas desde el punto de vista étnico y social, donde prevalece lo que Amartya Sen define como la miniaturización del ser humano en la jaula de una única y vinculante identidad. “La tendencia en el mundo contemporáneo, a favorecer una identidad por encima de las demás, ya ha producido daños, fomentando la violencia racial, los conflictos entre las comunidades, el terrorismo religioso, la represión de los inmigrantes, la negación de los derechos humanos fundamentales”[4]. Una política que, en Amberes, inevitablemente, ha chocado con sus propias contradicciones cuando las distintas piezas del puzle social, al expandirse, han llegado a tocarse y a desencadenar una fuerte competencia por el

espacio. Desde este momento Amberes se ha convertido en una ciudad atravesada por un agudo, sordo conflicto[5] .

Traslado a la ciudad difusa, dejando a las poblaciones no europeas de reciente inmigración el centro de la ciudad o partes importantes del mismo, y construcción del puzle urbano son dos aspectos de la misma política social de segregación, que se convierte en separación espacial y que tiene lugar en diferentes escalas: a escala metropolitana la separación entre ricos y pobres da lugar a dos modelos diferentes de implantación, la dispersión, por un lado, y la concentración en zonas urbanas específicas, por otro; a escala urbana, se convierte en estigmatización de áreas específicas de la ciudad. Políticas ambas que tienen una larga historia.

Hasta las últimas décadas del siglo XX, los historiadores de la ciudad no se han ocupado mucho de los suburbios. Obras fundamentales como Paris/Banlieues siguen siendo raras[6]. Tampoco se han ocupado de la dispersión. Los han considerado consecuencias nocivas y carentes de consistencia del crecimiento urbano, fenómenos que en vez de analizarse se rechazan a partir de prejuicios. Con toda probabilidad, el primer estudio serio de la suburbanización en Estados Unidos es de 1962 y se refiere únicamente a Boston[7], pero es sobre todo desde finales de los años setenta cuando la literatura americana, en relación con los suburbios, se extiende de manera impresionante[8]. Europa tiene una historia más larga y más compleja, pero incluso en este caso, la dispersión se convirtió en objeto de estudios sistemáticos —aunque no de carácter histórico— solo a partir de finales de los setenta.

La dispersión se manifiesta entonces como resultado de la búsqueda de un welfare positivo[9] por parte, sobre todo, de las clases medias europeas, una forma diferente de representar a una sociedad individualizada. Aunque distinta del suburbio norteamericano, del American dream tan fuertemente criticado[10], la ciudad difusa europea utiliza muchos de sus materiales y posee algunas de sus cualidades. Muchas regiones de Europa son ahora similares a la North-Western Metropolitan Area: en Alemania y en Francia, en la Italia del nordeste lo mismo que en el nordeste de España o en el norte de Portugal.

La dispersión en la ciudad difusa europea, como en la North-

Western Metropolitan Area, es, sin embargo, diferente del sprawl de los suburbios estadounidenses. En su trasfondo ideológico, no está Jefferson, lo pastoril, Hawthorne, Thoreau, Emerson y Whitman; no está Olmsted ni Wright ni la Asociación Federal de la Vivienda que incitaba a "dispersar nuestras fábricas, nuestros comercios, nuestra gente; en definitiva, a crear una revolución en el estilo de vida"[11]; aunque en el fondo esté "el sueño de la casa como imagen específicamente americana", cuando "por primera vez en la historia una civilización construye un ideal utópico basado en el hogar en lugar de en la ciudad o la nación"[12].

Desde el punto de vista de la desigualdad social, sin embargo, los Estados Unidos de los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial son radicalmente diferentes de los de los años veinte[13]. Durante su larga historia, el suburbio estadounidense se ha transformado en sus características fundamentales y en su extensión; de forma análoga, han cambiado tanto los principales actores involucrados, ya sea desde el lado de la demanda o desde el de la producción, como sus motivaciones, y esto ha dado lugar a situaciones muy diferentes entre sí y no reconducibles a un único modelo[14]. De fenómeno elitista y exclusivo motivado por la búsqueda de una relación más estrecha con la naturaleza, a utopía burguesa[15], a fenómeno de masas impulsado principalmente por la idiosincrasia y el sistema de valores típicos de la clase media o de la retórica comunitaria, el suburbio se ha convertido en una institución dominada por la idea de la distinción: de la riqueza, la raza y la etnia[16].

Arraigadas en el moralismo de la sociedad estadounidense, especialmente de su parte blanca y protestante[17], estas ideas han sido ampliamente utilizadas por una vasta gama de actores involucrados en el desarrollo suburbano: desde promotores inmobiliarios a diferentes grupos profesionales, a los bancos o los políticos locales. La ciudad parece disolverse en una zona urbanizada, sin forma y sin límite, desde los enclaves ubicados en lugares cuidadosamente escogidos por sus características naturales y topográficas y diseñados por arquitectos y paisajistas de la época más famosa, como Clapham en Surrey o los primeros suburbios a lo largo del Hudson y Riverside en Illinois, a las largas tiras de casas, por lo general diseñadas por ingenieros de las administraciones locales y construidas por pequeños empresarios a lo largo de las

líneas de transporte público fuera de la ciudad —a menudo ocasión de grandes especulaciones inmobiliarias como Grossdale en las afueras de Chicago—, o a las interminables extensiones de viviendas unifamiliares con jardín, como en Levittown y Forest Hill después de la guerra, o como en los muchos ejemplos que los han seguido. Al final del siglo, algunos observadores han creído poder sostener que las ciudades se han convertido en suburbios y los suburbios en ciudades[18] .

El estigma que ha afectado a la ciudad de los pobres, sin embargo, tanto en Amberes[19] como en París, Bruselas y muchos otros casos, "ha sido de tales dimensiones como para dominar ideológicamente cualquier acción para contrarrestarlo. Confundiendo entre sí opiniones expresadas en diferentes terrenos, principios y resultados, logros e ideas de la ciudad, personas y espacios, procesos y procedimientos, eventos locales y estrategias generales se entremezclaron, dando lugar a una visión negativa de las cosas"[20], que es parte sustancial de la construcción y el funcionamiento de la ciudad moderna, algo que la distingue de la ciudad del ancien régime.

En esta situación, las políticas urbanas en Amberes han tratado de reaccionar, por ahora con éxito, sobre todo, a través de la creación de espacios y equipamientos públicos[21]; realizaciones que han desencadenado procesos de recuperación de las zonas más pobres de la ciudad: un poco de gentrification, impulsada por parejas jóvenes con altos niveles de educación y rentas medio altas, los hijos de los que habían abandonado la ciudad por el campo y que consideraban vivir en la dispersión poco estimulante; frecuentación de los nuevos equipamientos y espacios públicos por parte de toda la población, ricos y pobres juntos; construcción de las condiciones de "porosidad" de la trama urbana dentro de la cual se pueden producir y se pueden impulsar procesos de "percolación" mutua de los diferentes grupos sociales.

Si las políticas urbanas en Amberes han tratado de crear las condiciones para una nueva "porosidad" de la trama urbana, París, el Gran París, se convirtió cada vez más, a partir de la segunda mitad del siglo XX, en una ciudad de enclaves. Olvida tener en su propio centro la ciudad de los passages, el Gran París no es una

ciudad porosa[22].

En el imaginario parisino los ricos viven en el sur-oeste, en barrios "tipo Luxembourg", y los pobres al noreste, en barrios como "La Courneuve". Investigaciones recientes muestran una situación que no contradice esta imagen, pero que la articula[23]: el Gran París se ve más bien como un caleidoscopio de enclaves que no puede ser reducido a imágenes simples, mucho menos a la imagen de un centro uniformemente rico y una periferia uniformemente pobre. En gran medida, estos enclaves son el resultado de la política de infraestructuras y la política urbanística, ya que están rodeados por las barreras infranqueables de una autovía, una vía de ferrocarril o metropolitana, un canal, del muro de cierre de una gran zona industrial o militar, aislado del resto de la ciudad por grandes espacios verdes que, en lugar de ser espacios de sociabilidad, juegan el papel de elementos de separación. Milán se caracteriza, en cambio, por una "geografía molecular"[24] con las zonas más pobres y de vivienda pública dispersas en el territorio metropolitano.

Muchos de estos espacios han sido en el pasado, en París como en Milán, lugares intensamente poblados, donde se concentraba gran parte de la producción industrial de la metrópoli, hacia los cuales se dirigían la mayor parte de los movimientos pendulares diarios y en donde se alojaban parte de los trabajadores. A finales del siglo XX se plagaron de zonas industriales y de infraestructuras abandonadas y se convirtieron en las partes de la metrópoli donde más se concentra el desempleo y la pobreza. De acuerdo con el informe anual sobre ZUS[25] (zonas urbanas sensibles, que cubren solo una parte del área de pobreza de las ciudades francesas), estas áreas acogían, en 2008, a 4,4 millones de personas; el 42 por ciento de los jóvenes de entre 15 y 24 años estaban desempleados, situación en la que se hallaba también un 21 por ciento de la población, y el ingreso medio de los hogares era un 36 por ciento inferior al ingreso medio de los franceses.

Si nos preguntamos sobre qué es lo que ha producido estas situaciones se descubre que son el resultado de distintas historias que se han cruzado y superpuesto: la localización de las actividades industriales en las partes más accesibles y conectadas a las zonas mineras y al resto de Europa en el noreste; el papel de los ríos,

especialmente el Sena, en el transporte de productos alimenticios, de madera y materiales de construcción; y, al contrario, la calidad del paisaje en el suroeste, en el caso de París; las sucesivas crisis de la industria minera y textil en Lille-Roubaix-Tourcoing, que han dejado de herencia no solo grandes zonas industriales abandonadas, sino barrios enteros de trabajadores ancianos y desocupados y de jóvenes sin trabajo; la política de urbanización y valorización de los suelos periféricos, realizada inicialmente por las "coreas"[26] y más tarde por la "ciudad pública", en Milán y Roma.

Pero también son el resultado de la inercia de la imaginación colectiva y de las políticas urbanas. Una gran parte de los "barrios difíciles" parisinos se extiende allí donde, en la larga posguerra francesa, estaban los más extensos bidonvilles, es decir, en zonas con una mala reputación y, por esta razón, consideradas como bad lands que parecía necesario y justificado demoler y reconstruir de nuevo en los términos del urbanismo y la arquitectura moderna. La misma fisonomía se puede encontrar en las afueras de Milán o Roma.

Los esfuerzos del urbanismo parisino, las intervenciones masivas de vivienda pública, entre finales de los años cincuenta y los años setenta del siglo XX, se han orientado hacia la integración y el rescate de estas zonas[27]. La arquitectura de muchos de estos barrios ha tratado de expresar lo nuevo que estaba en marcha: la mayor presencia de las clases populares en la sociedad contemporánea, la nueva escala de la metrópoli, los nuevos actores y los nuevos procesos de producción en el espacio. Los grands ensembles parisinos, como muchos barrios de vivienda pública italianos contemporáneos o ligeramente posteriores, intentaron, cargados de buenas intenciones, interpretar todo esto, pero lo hicieron cuando el proceso de individualización de la sociedad europea occidental había llegado a ser ya imparable. Destinados de hecho especialmente a las clases medias, han operado dentro de una reflexión banal de las dimensiones de lo colectivo, sin revisar críticamente las experiencias de construcción del hábitat que habían sido propias de algunas de las "vanguardias" de la primera posguerra, por ejemplo, las experiencias suecas[28] o el debate que se desarrolla en los años veinte y hasta los primeros años treinta en la Unión Soviética, debate mucho más rico que el que tenía lugar en

Occidente y que muestra cómo tres cuestiones fundamentales —la emancipación femenina, la educación infantil y el abandono de una serie de prejuicios "pequeño-burgueses", relativos al desarrollo de la vida cotidiana y el alojamiento— implicaron una redefinición continua del problema de la vivienda y, en particular, de la dimensión de lo colectivo[29]. En la experiencia de la "ciudad pública" de la Europa de posguerra falta absolutamente esta reflexión y, por supuesto, tal ausencia ha penalizado, sobre todo, la calidad de vida de los más pobres, que habían sido excluidos en gran medida de la propia ciudad pública.

La ciudad de la segunda mitad del siglo XX, obsesionada con la que hace tiempo propuse denominar con el término de "teoría cuantitativa de la producción y el mercado de vivienda"[30], es decir, con la idea de que la solución del "problema de la vivienda" solo podía llevarse a cabo por medio de la producción de nuevas viviendas, independientemente del comportamiento de las principales variables demográficas, del nivel y la variabilidad del índice de hacinamiento, del deterioro físico y de los precios de los edificios existentes, sin tener en cuenta las transformaciones de una sociedad que, gracias al aumento de las clases medias, por un lado, y los flujos migratorios, por otro, estaba afectada por prácticas e idiorritmos cada vez más distantes entre sí, en los cuales se representaba tanto la desigualdad como la diferencia, fue incapaz de proponer una nueva y adecuada versión de las dimensiones de lo colectivo a través tanto de la política de vivienda como de la de espacios públicos.

Es enorme la distancia entre las formas y los proyectos, por medio de los cuales, en los periodos anteriores de la historia urbana europea, los grupos hegemónicos fueron capaces de representar el espacio público en la ciudad y su sistema de valores, su propia estética y su propia idea de orden social y cuanto ha acontecido en cambio, en el mismo terreno, en las últimas décadas del siglo XX. A pesar de las buenas intenciones y, a pesar de las apariencias, en la ciudad de la segunda mitad del siglo XX, en sus edificios y sus espacios públicos, no se expresan los valores de una sociedad más democrática, de una política dedicada a la integración de los diferentes grupos sociales, a la percolación de un grupo en el otro, a la representación de sus diferentes culturas y prácticas del espacio.

Incluso en muchos de los proyectos de la ciudad pública prevalece una actitud "pedagógica", como si se tratara de enseñar a sus habitantes un estilo de vida mejor en un estatus que no era el suyo. Las promesas de la modernidad se han revelado, para muchos, obsoletas y totalmente inadecuadas.

La revuelta de las banlieues de París de 2005, tal como nos ha recordado, entre otros, Ulrich Beck[31], "cuenta la historia de una generación de niños y jóvenes a los que se ha prometido la integración y la redención y que se descubren envueltos en un mundo de fronteras infranqueables. Que un día decide levantar la voz. Es, sobre todo, una guerra contra el silencio"[32]. Pero esto no sucede siempre y en todas partes: otras situaciones —por ejemplo, en Milán, donde la segregación, el malestar social generalizado, la creciente componente étnica de la estructura social y las formas arraigadas de criminalidad son similares a las parisinas— se caracterizan, en cambio, al menos por ahora, por un conflicto de baja intensidad.

NOTAS

1. M. Dikeç, 2007, op. cit.

2. "Sueño flamenco". Se refiere al deseo de vivir en el medio rural en forma de asentamientos dispersos.

3. Barthes, 2002, Comment vivre ensemble. Cours et séminaires au Collège de France (1976-1977), texto editado, anotado y presentado por Cl. Coste, Seuil Imec, París [trad. esp., Cómo vivir juntos. Notas de cursos y seminarios en el Collège de France, 1976-1977, 200, Siglo XXI, Buenos Aires.

4. A. Sen, 2006, "Il ballo in maschera dell'Occidente", La Repubblica, 30, junio de 2006.

5. B. Secchi y P. Viganò, 2009, op. cit.

6. A. Fourcaut, E. Bellanger y M. Flonneau, 2007, Paris/Banlieues.

Conflits et solidarités, Graphis, París.

7. S. B. Warner, 1962, Streetcar Suburbs: The Process of Growth in Boston, 1870-1900, Harvard University Press, Cambridge (Mass.).

8. B. Nicolaides y A. Wiese, 2006, The Suburb Reader, Routledge, Nueva York.

9. A. Giddens, 1998, The Third Way. The Renewal of Social Democracy, Polity Press, Cambridge [trad. esp., La Tercera Vía, 2000, Taurus, Madrid].

10. P. Pellegrini, 2006, "Suburban America e la proposta di prossimitá", en P. Pellegrini y P. Viganó (eds.),. Comment vivre ensemble, Q3 Officina, Roma.

11. P. Pellegrini, 2006, op. cit.

12. D. Hayden, 2002, Redesigning the American Dream. The Future of Housing, Work and Family Life, W.W. Norton & Company, Nueva York.

13. P. Krugman, 2007, The Conscience of a Liberal, W.W. Norton & Company, Nueva York.

14. K. T. Jackson, 1985, Crabgrass Frontier. The Suburbanization of the United States, Oxford University Press, Nueva York; D. Hayden, 2003, Building Suburbia. Green Fields and Urban Growth, 1820-2000, Pantheon Books, Nueva York.

15. L. Marx, 1964, The Machine in the Garden. Technology and the Pastoral Ideal in America, Oxford University Press, Londres; R. Fishman, 1987, Bourgeois Utopias: The Rise and Fall of Suburbia, Basic Books, Nueva York.

16. P. Bourdieu, 1979, op. cit.

17. G. Wright, 1980, Moralism and the Model Home. Domestic Architecture and Cultural Conflict in Chicago, 1873-1913, The University of Chicago Press, Chicago-Londres.

18. K. T. Jackson, 1985, op. cit.

19. B. de Moulder y H. Heynen, 2006, “The Role of Space in Processes of Exclusion and Normalization”, en P. Pellegrini y P. Viganó (eds.), 2006, op. cit.

20. F. Infussi, 2012, “Una cittá tutta periferia”, introducción a Id. (ed.), Dal recinto al territorio. Milano. Esplorazioni nella cittá pubblica, Bruno Mondadori, Milán.

21. A. Masboungi (ed.), 2011, Anvers. Faire aimer la ville, Le Moniteur, París.

22. B. Secchi y P. Viganó, 2011, La Ville poreuse. Un projet pour le Grand Paris et la métropole de l’après-Kyoto, MetisPresses, Ginebra.

23. J. C. François, H. Mathian, A. Ribardière y T. Saint-Julien, 2003, Les Disparités des revenus des ménages franciliens en 1999, UMR, Géographie-cités, estudio dirigido por P. Rohaut, DUSD.

24. E. Granata y A. Lanzani, 2006, “La fabbrica delle periferie. Produzione collettiva della scarsitá, forme del disagio, postazioni di innovazione, conflitti latenti. Esplorazioni sul caso milanese”, Animazione Sociale, nº 8/9, pp. 31-60, ahora en A. Lanzani, 2011, In cammino nel paesaggio, Carocci, Roma, pp. 203-248.

25. Informe 2010 del Observatorio nacional de zonas urbanas sensibles (Onzus), Bibliothéque des rapports publics-La Documentation “Con la crisis económica, la tasa de paro en las ZUS, que desde 2005 estaba en regresión, ha subido de nuevo, alcanzando en 2009 el 18,6 por ciento frente al 16,7 en 2008 (en las otras zonas urbanas —aquellas no comprendidas en los ZUS— la tasa de paro ha pasado del 7,7 por ciento en 2008 al 9,8 en 2009). Todos los indicadores utilizados para evaluar la situación de los ZUS confirman la precariedad de su condición. A 31 de diciembre de 2008, dos tercios de la población estaban inscritos en la Caja de ayudas familiares (CAF) y eran 2,4 veces más numerosos los que se beneficiaban de la cobertura sanitaria complementaria (CMUC)” (trad. sobre versión del autor).

26. D. Montaldi y F. Alasia, 1960, Corea. Inchiesta sugli immigrati, Feltrinelli, Milán.

27. Lengereau, 2001, L'Etat et l'Architecture. 1958-1981. Une politique publique?, Picard, París.

28. Paone, 2010, "La casa collettiva, Stoccolma 1935. Un tipo di edificio", en E. Mantese (ed.), Abitare con. Ricercario per un'idea collettiva dell'abitare, Canova Edizioni, Treviso.

29. Kopp, 1967, Ville et Révolution, Editions Anthropos, París ; K. Azarova, 2007, L'Appartement communautaire. L'histoire cachée du logement soviétique, Éditions du Sextant, París.

30. B. Secchi, 1984, "Le due anime della politica edilizia italiana", en Id., Il racconto urbanistico, cit. cap. 4, pp. 135-170.

31. Beck, 1986, Risikogesellschaft. Auf dem Weg in eine andere Moderne, Suhrkamp, Frankfurt a.M. [trad. esp., La sociedad del riesgo, 2006, Siglo XXI de España, Madrid].

32. E. Granata y A. Lanzani, 2006, op. cit.

CAPÍTULO 7

UN MUNDO MEJOR ES POSIBLE

Evidentemente, es muy difícil decir qué parte de la desigualdad entre los niveles de bienestar en los diferentes países europeos y entre estos y Estados Unidos[1], que sigue siendo el país donde las desigualdades sociales están más acentuadas[2], se puede atribuir a estos comportamientos más que a la política fiscal y al gasto público, o de forma más general a las políticas relacionadas con los derechos de ciudadanía dentro de los que suelen incluirse las políticas urbanas. El furor crítico de las últimas décadas del siglo XX en relación con los programas de vivienda pública, los planes y proyectos urbanos, la construcción del Estado de bienestar a través de viviendas, equipamientos colectivos, espacios verdes e infraestructuras[3] ha llevado probablemente a subestimar la contribución de las políticas urbanas europeas al respecto. Si la desigualdad en los países europeos es menor que en Estados Unidos u otros países, si desde el final del siglo XIX hasta el de los "treinta gloriosos" (es decir, los 30 años de crecimiento sostenido que siguieron a la Segunda Guerra Mundial) se redujo de forma visible, ello también se debe, a pesar de todo, aunque no exclusivamente, a las políticas urbanas y su continua búsqueda de una dimensión concreta del welfare.

Durante buena parte del siglo XX el urbanismo europeo ha sido mucho más "escandinavo" que los gobiernos y las políticas de los distintos países y, en una sociedad interpretada como sociedad de masas, ha intentado reducir las desigualdades sociales a través de la provisión de prestaciones básicas —escuelas , guarderías, parques y viviendas— para todos sin distinción, tratando de fijar, con precisión, de forma igualitaria, quizá demasiado burocrática, las cantidades estándar a disposición de cada individuo, grupo, barrio y parte de la ciudad.

Pero con el emerger numérico y político de las capas medias, una política de la distinción, en el sentido que dio Pierre Bourdieu a este término[4], se ha convertido en las últimas décadas en la parte fundamental e ineludible de los mecanismos de funcionamiento

interno de las sociedades contemporáneas, a menudo oculta bajo otra retórica, la de las diferencias étnicas, religiosas, lingüísticas, culturales, de edad, género y profesión; de los comportamientos demográficos, las costumbres alimentarias y de uso del espacio. A la homogeneidad social de la ciudad de los ricos se ha llegado recientemente a oponer la evidente y sustancial diversidad de la ciudad de los pobres, habitada por poblaciones profundamente diferentes por origen, cultura, práctica religiosa y niveles de educación. En un periodo de intensos movimientos de población a escala planetaria, el mundo y la ciudad se muestran ahora habitados por sujetos irreductiblemente diferentes y las desigualdades han demostrado ser también el resultado de los persistentes conflictos entre distintos[5].

A pesar de los esfuerzos para poner de relieve el carácter multidimensional de la desigualdad, debe quedar claro que la desigualdad y la diferencia, como la igualdad y la homogeneidad, son términos que se refieren a diferentes niveles de la realidad que, sin embargo, interactúan el uno sobre el otro como por resonancia. Probablemente es cierto, no obstante, que para entender la desigualdad y los medios para combatirla también se debe pasar por el estudio del papel desempeñado por la diferencia.

En los años setenta del siglo pasado se llevaron a cabo en el Collège de France, promovidas por Michel Foucault, tres series de cursos que son absolutamente fundamentales para la historia de la cultura europea y occidental.

La primera serie está formada por los cursos iniciados en 1970 por el propio Foucault, y ahora publicados en su mayor parte; una larga reflexión sobre la formación de la sociedad occidental desde el punto de vista de las estructuras de poder, el intento tal vez más claro y completo para dilucidar las características básicas de la sociedad moderna, entre el Renacimiento y principios del siglo XX y de la contemporánea. Las hipótesis de Foucault fueron aceptadas con muchas reservas, pero, no obstante, constituyen uno de los pocos intentos de capturar el sentido de la historia del mundo occidental en periodos prolongados.

La segunda serie está formada por los cursos organizados por Michel Foucault e impartidos por Roland Barthes. Iniciados en 1976

—mientras Foucault daba una conferencia sobre “Seguridad, territorio, población”[6]— y titulados Comment vivre ensemble[7], continuaron hasta la muerte de Barthes, en 1980.

La tercera serie, por último, también iniciada en 1976 y una vez más por iniciativa de Michel Foucault, aparentemente distante de las dos primeras, se compone de cursos que se impartieron durante los siguientes 20 años más o menos, en torno a Pierre Boulez y luego publicados bajo los títulos Leçons de musique[8], cursos que, más allá de sus intenciones, hacen comprensible, para los que tratan los problemas urbanos y regionales, muchas de las razones subyacentes de las características espaciales específicas de la ciudad contemporánea y de la crisis de la ciudad moderna, del abandono de la imagen de continuidad que durante siglos había conformado su construcción y transformación y de su progresiva disolución en fragmentos referidos a gramáticas y sintaxis compositivas[9] propias y específicas. Con unos pocos años de anticipación, en Italia se llevó a cabo una reflexión igualmente importante en relación con la crisis de la organización productiva del mundo occidental en la última fase de la modernidad y relativa, en lo que respecta a la arquitectura y el urbanismo, a lo que se manifestaba como la “crisis” del programa y de la arquitectura del Movimiento Moderno o, más en general, de lo “moderno”[10].

El curso de Roland Barthes, a partir de ejemplos muy distintos y diversamente ubicados en el tiempo y en el espacio, trataba de poner de relieve cómo los diferentes sujetos sociales fueron inducidos, dentro de comportamientos de su elección o que se les impusieron, a practicar el espacio urbano y el territorio con sus propios “idiorritmos”, con sus específicas temporalidades y formas de uso del espacio.

La ciudad siempre ha sido una máquina reguladora de idiorritmos: por medio de dispositivos físicos y espaciales, jurídicos e institucionales ha convertido sistemáticamente los diferentes idiorritmos en articuladas, a menudo muy complejas, relaciones espaciales, económicas y sociales. Lo que a lo largo de la historia de la ciudad cambia es el sentido y el papel regulador de cada dispositivo, y es también a través de esta acción reguladora como la ciudad ha sido alternativamente máquina de integración o de

exclusión social.

La organización espacial de la gran ciudad industrial moderna, por ejemplo, se convierte en la representación plástica, dentro de una sociedad cada vez más des-individualizada, de una división del trabajo a la cual desde el siglo XVIII aparecen vinculados el crecimiento económico, el progreso tecnológico y la mejora de las condiciones materiales de la población que la habita. En el Lille-Roubaix-Tourcoing, por ejemplo, una de las principales zonas industriales francesas a principios del siglo XX, la división, articulación y priorización del trabajo en la fábrica se reproduce en la ubicación, articulación y jerarquización de los tipos de construcción destinados a los patrons, a los técnicos, capataces y a los obreros[11]. Pero Lille es solo un ejemplo entre muchos otros. Aclarar, definir, separar y alejar, conectar y sincronizar —a través de un sistema racional de normas de usos del suelo y un sistema igualmente racional de las infraestructuras— lugares y ritmos de la vida urbana es, a lo largo de la primera mitad del siglo XX y hasta todos los años sesenta, la manera de dominar la ansiedad que acompaña el crecimiento metropolitano. El legado de esta época puede ser captado en Lille, Detroit[12] o Youngstown[13], y en muchas otras ciudades industriales de ambos lados del Atlántico.

Mediante una fuerte atención a la geografía y la historia de los diferentes idiorritmos, el curso de Roland Barthes llamaba la atención sobre las prácticas cotidianas comunes; una atención no nueva, que anclaba sus propias raíces en reflexiones precedentes[14], pero que, desde principios de los años ochenta —los años del "desencanto" de la generación del 68[15]— hace que muchos trabajos de investigación vuelvan a indagar con insistencia lo cotidiano, lo común y lo específico. Un regreso que ha surgido, al menos al principio, profundamente marcado por la recuperación del sentido común, de un común sentir y hablar, que se alejaba de los léxicos, las gramáticas y las sintaxis típicas del saber institucionalizado. Tal vez se trataba de uno de los muchos movimientos cíclicos que marcan la historia de la cultura occidental[16].

Fueron años importantes. El estudio de la vida cotidiana parecía poner al descubierto algunas de las paradojas del welfare state, infundiendo la duda de que las políticas encaminadas a una

distribución lo más igualitaria posible del bienestar terminaran por reprimir innecesariamente las diferencias entre los individuos, los grupos sociales y sus formas de vida, con el encorsetamiento de la economía y la sociedad dentro de reglas nacidas al abrigo de interpretaciones obsoletas de una y de otra, y en consecuencia con la incapacidad de captar y dar espacio a la innovación que nace de la participación de los individuos o grupos en la construcción y la práctica de ciudad; terminaran, por último, construyendo enormes y costosas burocracias que racionaran los recursos que se proponía redistribuir .

Todo esto ha hecho inmensamente más difícil la tarea de planificación y diseño de la ciudad. Ha hecho comprender cómo la solución de los problemas de la ciudad contemporánea debe confrontarse necesariamente con la historia y la articulación de las mentalidades y del imaginario urbano, terrenos en los cuales la diferencia, y las formas en que se convierte a la vez en acogedora, pero también en razón de desconfianza y conflicto, desempeñan un papel crucial. Ha hecho también entender, a través de estudiosos de diferentes orientaciones, como Henri Lefebvre, Karel Kosic, Agnes Heller y Philippe Ariès[17], las razones y los riesgos del generalizado encerrarse dentro de lo “privado”, en la intimidad y la familiaridad de lo cotidiano, en el “cuidado de sí”. Ha puesto en discusión métodos y estatuto científico del urbanismo moderno occidental tal como había venido configurando en toda la primera mitad del siglo XX.

NOTAS

1. A. Alesina y E. L. Glaeser, 2004, Fighting Poverty in US and Europe. A World of Difference, Oxford University Press, Oxford-Nueva York.

2. M. Franzini, 2010, op. cit.

3. Secchi, 2005, op. cit.

4. P. Bourdieu, 1979, op. cit.

5. L. Bronner, 2010, La Loi du Ghetto. Enquéte dans les banlieues françaises, Calmann-Lévy, París.

6. M. Foucault, 2004, op. cit.

7. R. Barthes, 2002, op. cit.

8. P. Boulez, 2005, Leçons de musique, Christian Bourgois Editeur, París.

9. B. Secchi, 2000, op. cit.

10. M. Tafuri, 1968-1976, Teorie e storia dell'architettura, Roma-Bari, Laterza [trad. esp., Teorías e historia de la arquitectura, 1972, Editorial Laia, Barcelona (edición original, 1968)].

11. "Moulins, barrio de Lille. Hace un siglo y medio estaba el fragor de las máquinas, circulaban vehículos a caballo, se oía el zumbido de los trabajadores; tiempos industriosos, además de gloriosos, en los cuales se construyó la riqueza de la ciudad. Pero este desarrollo se tradujo en millones de metros cúbicos de arcilla, altas chimeneas, grandes fábricas, almacenes imponentes. Y con el trabajo llegó la densificación del hábitat, regulado por códigos arquitectónicos que reflejan la organización de las clases sociales: ancha fachada para el burgués, con habitaciones distribuidas a izquierda y derecha de la entrada; una fachada simple para el patrón, con planta en forma de martillo y largo corredor lateral; casa de una sola planta para el capataz; corrala de una planta para el pueblo trabajador." L. Lafon, 2011, Café Quinquin. Incendie criminel á Lille-Moulins, Ravet Anceau, Lille.

12. T. J. Sugrue, 1996, The Origins of the Urban Crisis. Race and Inequality in Postwar Detroit, Princeton University Press, Princeton.

13. A. Coppola, 2012, Apocalypse town. Cronache della fine della civiltá urbana, Laterza, Roma-Bari.

14. B. Secchi, 2000, op. cit.; B. Secchi, 2005, op. cit.

15. J. Donzelot, 1984, L'invention du social. Essai sur le déclin des

passions politiques, Seuil, París [trad. esp., La invención de lo social: ensayos sobre la declinación de las pasiones políticas, Jacques Donzelot , 2007, Nueva Visión, Buenos Aires].

16. A. O. Hirschman, 1982, Shifting Involvements: Private Interest and Public Action, Princeton University Press, Princeton [trad. esp., Interés privado y acción pública, 1986, Fondo de Cultura Económica, México].

17. H. Lefebvre, 1947, Critique de la vie quotidienne, Grasset, París; K. Kosic, 1968, 1970, Moral und Gesellschaft, Suhrkamp, Frankfurt a.M.; A. Heller, 1970, A mindennapi élet, Akadémiai Kiadó, Budapest [trad. esp., Ensayos de la Memoria 1943-1983, 1996, Norma, Barcelona].

CAPÍTULO 8

LA TRADICIÓN EUROPEA

Las dos últimas décadas del siglo XX han impuesto una reflexión en profundidad sobre la tradición del urbanismo occidental en sus diversas facetas y sus cambios, al menos durante el último siglo. Uno de los temas sacados a la luz por esta reflexión se refiere precisamente a la continua investigación por parte del urbanismo europeo en todo el siglo XX, tanto antes como después de los años del Movimiento Moderno, de una multitud de dispositivos espaciales, jurídicos e institucionales destinados, como las políticas económicas redistributivas, a la inclusión social, encaminados a la búsqueda constante del comment vivre ensemble, a la continua observación de lo cotidiano. Una forma de representar en el espacio los ideales democráticos de la sociedad europea.

Desde las últimas décadas del siglo XIX, a pesar de la era progresista y haciendo salvedad del breve periodo de la great society en los años sesenta del siglo XX, Europa, aunque con diferencias dentro de ella, se ha distinguido de forma cada vez más clara a este respecto de Estados Unidos[1]. América del Norte y América Latina han seguido, a lo largo del siglo XX y, sobre todo en su segunda mitad, un camino diferente al de Europa, lo que ha llevado en muchos casos —como subrayó en 1968 el informe Kerner[2], encargado por el presidente Lyndon B. Johnson—, tanto en el suburbio norteamericano como en las gated communities del norte y del sur de América, a la búsqueda de la separación, la alienación y la exclusión social en lugar de la inclusión; un enfoque, sin embargo, que, como muestran emblemáticamente los casos de Amberes, Bruselas y París, no está del todo ausente en la propia Europa.

Como señalan Alesina y Glaeser, “Europa hasta finales de los años sesenta del siglo XX fue un continente lleno de países más homogéneos desde el punto de vista étnico y racial que Estados Unidos. En muchos casos, la homogeneidad fue el resultado de un esfuerzo conjunto, y a menudo sangriento, por parte de los gobiernos centrales de construir una identidad nacional. Debido a

esta homogeneidad, los adversarios del Estado de bienestar no han logrado demonizar a los pobres, en cuanto tales, como miembros de una minoría odiada"; las minorías demonizadas fueron otras. La homogeneidad, por lo tanto, ha facilitado y ha hecho más natural la redistribución, asegurando a Europa un largo periodo —desde finales del siglo XIX hasta más de la mitad del siglo XX— de desigualdades decrecientes. "Estados Unidos, por el contrario, es una sociedad muy heterogénea, caracterizada en particular por una sobrerrepresentación dentro de las clases más pobres, de las minorías más visibles y socialmente diferenciadas. Los adversarios del Estado de bienestar han tenido siempre un juego fácil en Estados Unidos para explotar las divisiones raciales y étnicas y atacar la redistribución"[3].

La atención de los urbanistas en Europa por lo cotidiano tenía su propia historia. Apoyada en una larga tradición de organizaciones caritativas[4] y en las políticas urbanas del municipalismo, tras la crisis urbana de mediados del siglo XIX y la de fin de siglo, entre el problema de la vivienda y la cuestión de la Großstadt[5], el urbanismo de finales del siglo XIX y primeras décadas del siglo XX, mientras la sociedad se desindividualizaba progresivamente y la ciudad se convertía en metrópoli, había facilitado la construcción de viviendas baratas y escuelas concebidas como ateliers d'égalité[6].

En los años de entreguerras, no obstante, aunque se pudiera percibir el germen de un movimiento opuesto[7], la sociedad aparece desindividualizada por completo, como una masa donde se reconocen dos bloques compactos: la burguesía y la clase obrera. Las clases medias son aún demasiado subalternas como para constituir un sujeto político autónomo. Los proyectos de partes de las ciudades y de ciudades son projets pour le plus grand nombre y la reflexión del urbanismo, en los años dominados por el taylorismo, se concentra en un impulso de racionalización de lo cotidiano. Es solo a partir de la Segunda Guerra Mundial y, en particular, desde el fin de los "treinta gloriosos" cuando la autonomía irreductible del sujeto, es decir, la individualización de la sociedad, aparece como el problema fundamental al que es necesario dar una respuesta concreta. La atención a lo cotidiano es su búsqueda.

Observados desde este punto de vista, algunos de los dispositivos legales, institucionales y de procedimiento, además de espaciales, propuestos por los arquitectos y los urbanistas europeos del siglo XX, parecen mucho más sofisticados de lo que parece mostrar la práctica trivializada posterior; se presentan como el intento de asegurar que las condiciones materiales en que ricos y pobres eligen vivir o están inducidos y forzados a hacerlo sean menos distantes entre sí que sus respectivos ingresos y patrimonio. La zonificación, por ejemplo, la definición de las relaciones entre el carácter y las dimensiones de cada zona urbana y la cantidad y el carácter de los equipamientos públicos, el establecimiento de parámetros que unen los diferentes "materiales" de los que la ciudad está hecha —hogares, escuelas, guarderías , hospitales y espacios verdes—, la larga reflexión sobre las infraestructuras de tráfico y movilidad pertenecen a esta búsqueda de prestaciones básicas válidas para todos, sin distinción. El valor de esta búsqueda solo se puede apreciar cuando se compara con otras experiencias, pertenecientes a otras tradiciones diferentes.

En el trasfondo de las reflexiones de los urbanistas y, más en general, de las reflexiones en relación con la crisis de la modernidad, que persistentemente han atravesado las últimas décadas del siglo XX y que son reconstruidas hoy por una vasta literatura, estaban los cambios en el comportamiento individual y colectivo, en la sociedad, la economía y las instituciones occidentales; había una especie de perplejidad en relación con la propia idea y las imágenes de progreso y de futuro que habían atravesado el mundo occidental a lo largo de toda la modernidad[8] y especialmente en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Todo esto parecía puesto en evidencia por los fuertes conflictos sociales de los años sesenta.

Bajo la presión de las imágenes suscitadas por la entrada en Europa de contingentes importantes de poblaciones extraeuropeas, la homogeneidad étnica que caracterizaba los diferentes países y las principales áreas urbanas europeas se ha mostrado en proceso de disolución y la tradición del urbanismo europeo ha comenzado a vacilar, a estar menos segura de sí y a proporcionar al proyecto de ciudad orientaciones cada vez menos claras y eficaces, demostrando estar abierta a las sugerencias procedentes de otras tradiciones,

como la norteamericana. Entre los pobres, las minorías étnicas de inmigración reciente están cada vez más representadas y esto, como lo demuestran las experiencias del otro lado del Atlántico, ha llevado a las poblaciones europeas a no apoyar como en el pasado las políticas redistributivas, incluidas las políticas urbanas típicas del welfare state. Una actitud que puede ser reforzada por la difusión del miedo y el papel que en esta difusión juega siempre el extranjero. Como dice Bauman, "en estos años, la fuerte propensión al miedo y la obsesión maniática por la seguridad han prosperado de la manera más espectacular"[9].

Una tradición consolidada de estudios asocia, quizá no del todo correctamente, el nacimiento del urbanismo moderno con las condiciones de la ciudad industrial de los dos lados del Atlántico. Aunque el urbanismo tiene raíces más lejanas en el tiempo y más extensas en el espacio del saber[10], la escasez de viviendas y las condiciones higiénicas de las principales ciudades industriales del siglo XIX han jugado un papel similar al de la hambruna en los dos siglos anteriores. La hambruna, unida al miedo a la inestabilidad social y política resultante de la misma, había dado lugar a importantes reflexiones que contribuyeron a la transición de una concepción mercantilista del sistema económico a otra fisiocrática[11]. De forma análoga han actuado las condiciones de vida en las grandes ciudades en el siglo XIX, condiciones que aún persistían en las primeras décadas del siglo XX, en las postrimerías de la Primera Guerra Mundial y en la época de la gran depresión de los años treinta, tal como están documentadas, por ejemplo, primero por las fotos de Jacob Riis[12], luego por las de Dorothea Lange[13]. En los años de la Gran Depresión, un tercio de la población de los Estados Unidos, en palabras de Franklin Delano Roosevelt —que, dada la falta de datos estadísticos fiables, probablemente conjeturaba[14]—, vivía en condiciones de pobreza y más del 40 por ciento, en infra-viviendas.

Como es sabido, las investigaciones realizadas en Europa y Estados Unidos, en relación con las condiciones de vida de la clase obrera y, en general, de los "pobres", prepararon el terreno para que las demandas de los partidos socialistas europeos y de los movimientos análogos americanos, como el People's Party, fueran, aunque con dificultad, escuchadas, cambiando la actitud de los gobiernos

centrales y locales. De hecho, la historia de las políticas urbanas europeas que se enfrentaban a la pobreza tiene sus raíces en un periodo anterior, al menos a partir el siglo XVIII[15]. Todo esto provocó en todos los países europeos y Estados Unidos una reflexión que ha llevado a un cambio gradual en el tema central de la teoría y la política de la ciudad, así como en la política económica y social.

NOTAS

1. A. Alesina y E. L. Glaeser, 2004, op. cit.

2. Report of the National Advisory Commission on Civil Disorder, U.S. Riot Commission, Report of the National Advisory Commission on Civil Disorders, Washington D.C.: U.S. Government Printing Office, 1968 (disponible en www.eisenhowerfoundation.org/docs/kerner.pdf).

3. A. Alesina y E. L. Glaeser, 2004, op. cit.

4. G. Stedman Jones, 1971, Outcast London. A Study in the Relationships between Classes in Victorian Society, Penguin Books, Londres.

5. Grandes Ciudades [N. del T.].

6. P. Rosanvallon, 2011, op. cit., pp. 14-20.

7. N. Elias, 1987 (aunque el texto fue escrito en 1939), Die Gesellschaft der Individuen, Frankfurt a.M., Suhrkamp [trad. esp., La sociedad de los individuos, 1992, Edicions 62, Barcelona].

8. C. Lasch, 1991, The True and Only Heaven. Progress and its Critics, W.W. Norton & Company, Nueva York.

9. Z. Bauman, 2003, City of Fears, City of Hopes, cit. [trad. esp., Confianza y temor en la ciudad, 2006, S. L. Arcadia/Artmarcadia, Barcelona].

10. B. Secchi, 2000, op. cit.

11. M. Foucault, 1977-1978, Sécurité, territoire, population, Curso del Collège de Francia (en concreto lección del 11 enero de 1978), 1984, Seuil, París [trad. esp., Seguridad, territorio, población, 1977-1978, Curso del Collège de Francia, 2006, Fondo de Cultura Económica, México].

12. J. A. Riis, 1890, How the Other Half Lives, Charles Scribner's Sons, Nueva York (1971, Toronto, Dover Pubblications Inc.) [trad. esp., Cómo vive la otra mitad, 2004, Alba Editorial, Barcelona].

13. D. Lange y P. Taylor, 1939, An American Exodus. A Record of Human Erosion, Reynal & Hitchcock, Nueva York.

14. P. Krugman, 2007, op. cit.

15. A. Cavalletti, 2005, La cittá biopolitica. Mitologie della sicurezza, Bruno Mondadori, Milán [trad. esp., Mitología de la seguridad: la ciudad biopolítica, 2010, Adriana Hidalgo Editora, Buenos Aires].

CAPÍTULO 9

DESIGUALDADES SOCIALES, CUESTIÓN URBANA Y CRISIS

El mundo occidental ha pasado por diversas crisis. Algunas, de gran importancia, han abarcado más dimensiones. Fueron al mismo tiempo crisis económicas y financieras institucionales, políticas, sociales y culturales, e impusieron una reflexión en todos estos terrenos, así como la búsqueda de soluciones radicales al malestar o a los problemas que surgieron en cada ámbito. Algunas, tal vez las más importantes y de mayor duración, coincidieron de manera no sorprendente con la aparición de una cuestión urbana fundamental. El mundo ha salido de ellas diferente en cada ocasión y diferente salió la ciudad: en su estructura espacial, en su función y en el modo de funcionar, en su imagen.

La ciudad moderna, por ejemplo, que se consolida entre el "problema de la vivienda" y la metrópoli baudeleriana, es diferente de la del antiguo régimen que la precedió, hija en parte de la "controversia del lujo". No solo en cada una de ellas se representa como en un icono un orden social diferente, sino que cada una es un apoyo esencial para su despliegue. De forma similar, la metrópoli de la primera parte del siglo XX, la ciudad vertical que tiene su propio icono en Nueva York, es diferente del icono del siglo XIX, del París haussmanniano, del Londres victoriano, de la Viena fin de siècle, ciudades de las que, sin embargo, conserva muchos elementos, así como la ciudad del siglo XIX había retenido parte de la del ancien régime. A la ciudad del siglo XIX, la metrópoli de la primera parte del siglo XX añade los suburbios, de la misma forma que la ciudad de finales del siglo XX añade la dispersión de la "ciudad difusa"[1].

Crisis y cuestión urbana han sacado a la luz, en cada ocasión, nuevos temas, nuevos conflictos y nuevos sujetos, nuevos sistemas de alianzas, de compatibilidad e incompatibilidad, en los que se pueden reconocer ulteriores y diferentes ideas de igualdad y desigualdad, y los dispositivos espaciales coherentes con ellos[2]. La crisis de los primeros años del siglo XXI —una crisis lentamente madurada a lo largo de tres décadas de creciente desigualdad,

destinada probablemente a durar y que afecta a las economías y las sociedades de Occidente más de lo que se quiere creer— coincide, como otras en el pasado, con la aparición de una importante cuestión urbana de carácter multidimensional; un carácter que se resiste a querer reconocer. En el centro de las diversas dimensiones de esta crisis están las desigualdades: la codicia de los ricos[3], el progresivo desmantelamiento del Estado de bienestar y la degradación de la calidad de vida de los grupos sociales más pobres. Las desigualdades sociales no son, quizás, el resultado, sino una causa no secundaria de la crisis. Los viejos y nuevos ricos, encerrados dentro de sus recintos de protección, por mucho que consuman, jamás representarán una demanda suficiente para garantizar el crecimiento económico de los distintos países y del planeta. Ninguna economía ha crecido solo gracias a la producción de artículos de lujo, mientras que el progreso técnico hará que, a nivel planetario, una creciente producción requiera cada vez menos trabajo.

Con el comienzo de los años setenta del siglo XX comenzó a escala planetaria una nueva fase de acumulación que requiere, aún más que en las épocas anteriores, la formación de grandes mercados. El producto interior bruto del planeta aumenta, pero el crecimiento no se distribuye de acuerdo a la geografía tradicional, que privilegiaba las zonas de más antigua industrialización y desarrollo. Estamos asistiendo a una extraordinaria redistribución espacial de la producción y la creación de riqueza, que es acompañada por una igualmente extraordinaria redistribución de la población entre las diferentes partes del planeta, entre los diversos estados y dentro de los propios países. Gracias a esta redistribución algunos países logran emerger y alcanzar mayores niveles de bienestar; otros, los de más antiguo desarrollo, donde el welfare state fue originalmente inventado y experimentado, sufren las consecuencias en términos de desempleo, creciente dificultad de acceso al empleo de las generaciones más jóvenes y el aumento de la pobreza.

La urbanización violenta en América Latina, Japón, China, la India y varios países africanos —una urbanización que extrañamente no genera ahora las ansiedades que había producido entre finales del siglo XIX y principios del siglo XX en los países europeos y norteamericanos[4]— es una de las formas a través de la cual se

construyen grandes mercados espacialmente concentrados, homologados y globales. Rara vez se quiere aceptar y entender que las nuevas formas de ocupación del territorio, en diferentes partes del planeta, señalan una ruptura definitiva con las formas de organización política, económica y social del pasado. Rara vez se quiere aceptar que la política urbana y del territorio son siempre parte ineludible de visiones y acciones de "biopolítica" más amplias; que la ciudad, imaginada desde siempre como el espacio de la integración social y cultural por excelencia, se ha convertido, en las últimas décadas del siglo XX, en una potente máquina de suspensión de derechos de los individuos y de la colectividad. Esta política, como todas las políticas, ha requerido una ideología y una retórica: la ideología del mercado y la retórica de la seguridad. Ambas han inundado las últimas décadas del siglo pasado y han tenido que ser representadas en una política espacial coherente, en un conjunto de dispositivos físicos que hacen que sea realmente visible, a diferentes escalas, la separación; que hacen, que se vea, como se veía la separación entre la fábrica y el barrio obrero y entre las oficinas y los barrios de clase alta.

En junio de 1937, el National Resources Committee presentó al presidente Franklin Delano Roosevelt un informe titulado Our Cities. Their Role in the National Economy[5], que es el primer estudio a gran escala de la condición y los problemas de las ciudades en Estados Unidos. En el trasfondo subyacía otro informe, presentado al presidente Theodore Roosevelt en 1909 por el mismo National Resources Committee y relativo a las condiciones de vida en las zonas rurales. Existía también una creencia generalizada de que el ruralismo era la base de la democracia estadounidense: en palabras de Frank Lloyd Wright, "el ruralismo, distinto del urbanismo, es americano y verdaderamente democrático"[6].

En el capítulo del informe del año 1937 dedicado a los problemas emergentes de la economía nacional, entonces todavía en una profunda recesión, se ponen en primer lugar las enormes desigualdades de ingresos y riqueza dentro de las áreas urbanas. Esta constatación lleva al comité a sugerir considerar las ciudades, donde en aquella época vivía la mitad de la población estadounidense, como un recurso fundamental para la recuperación de la economía, aunque solo fuera debido a la gran cantidad de ca-

pital humano que hay en ellas, distribuido en una amplia gama de competencias, y a proponer en consecuencia un gran plan de equipamientos públicos, de recuperación de los barrios más pobres, de construcción de viviendas.

De una manera no muy diferente y por las mismas razones, las ciudades y las grandes áreas urbanas siguen siendo hoy un recurso: un recurso reciclable y renovable[7], que merecería mayor atención por parte de las políticas nacionales y supranacionales. Concretamente, se debería tomar conciencia de la necesidad, si se quiere evitar largos periodos de recesión, de que la redistribución de la producción y la población también supongan una importante redistribución de la riqueza, como ocurrió en los tiempos que han asegurado el crecimiento sostenido y la reducción de las desigualdades sociales. Una redistribución, por tanto, que encuentra sus propias razones no solo en los argumentos relacionados con la democracia, hoy presa de un gran malestar en todos los países occidentales[8], sino también en argumentos de carácter más simple, relativos a la formación de una demanda que pueda dar un nuevo impulso a las diferentes economías[9].

Si los "treinta gloriosos" fueron impulsados por los fast cars, clean bodies[10], desde la producción de automóviles y electrodomésticos y las infraestructuras relacionadas con ellos, en un futuro cercano tendremos que inventar nuevas maneras de alcanzar el pleno empleo, y tal vez también deberíamos pensar en él de forma diferente, como una situación caracterizada por tasas más bajas de actividad y, sobre todo, una estructura diferente del empleo y una relación diferente entre el trabajo y la sociedad. La crisis y la cuestión urbana ofrecen oportunidades considerables. No aprovecharlas puede exacerbar los problemas en lugar de ayudar a resolverlos.

Los problemas ambientales, por ejemplo, vinculados al cambio climático, y los de la accesibilidad —es decir, de un sistema de movilidad que garantice los derechos de la ciudadanía— imponen una política de gasto público radicalmente diferente de la practicada hoy por los principales Estados europeos. El caso de Los Ángeles, descrito por Tim Cresswell y Edward Soja[11], debe sugerir y enseñar algo.

En 1994, los usuarios del transporte público en Los Ángeles, organizados por la Bus Riders Union, presentaron una demanda colectiva en contra de la MTA, la agencia del transporte metropolitano. Esta había aumentado el precio del billete del autobús y tenía la intención de invertir considerables recursos para construir una red de transporte rápido que uniera el centro de negocios a los suburbios, una red que favorecía la parte más rica de la población, que trabaja en el downtown y vive en los suburbios. Los usuarios del transporte público son principalmente latinos que, al amanecer, al igual que muchas Adalgise de Gadda[12], limpian las oficinas y luego cuidan los jardines y los espacios públicos y hacen las tareas domésticas, moviéndose muchas veces durante el día. La Corte Suprema estuvo de acuerdo con ellos sobre la base de la Primera Enmienda a la Constitución de Estados Unidos que impide cualquier forma de discriminación, y obligó a la MTA a mejorar los servicios de transporte en autobús, antes de hacer cualquier inversión en la red metropolitana. Esta historia nos enseña que los derechos de la parte más pobre de la población pueden ser protegidos sobre la base de las normas vigentes; que "las políticas de derechos civiles están abiertas y pueden crear aperturas y estas aperturas (y cierres) se construyen en y a través del espacio y el tiempo"[13]. También aconseja, en París, en Bruselas o en Moscú y en otras ciudades, la adopción de políticas que no se basen en obras grandes y espectaculares, sino que intervengan de una manera difusa para garantizar porosidad, permeabilidad y accesibilidad a la naturaleza y a las personas: a todos, sin distinción; que cambien la ciudad como en el pasado la han cambiado otras grandes crisis.

En las visions y en los proyectos más avanzados están empezando a vislumbrarse los síntomas y el potencial de esa transformación. Estos últimos implican que se vuelva a reflexionar sobre la estructura espacial de la ciudad; que se reconozca la importancia que en su construcción tiene la forma del territorio, que se reconozca el papel de un sistema de infraestructuras capilar e isótropo, capaz de conferir a la ciudad y la región una mayor y más difusa porosidad, permeabilidad y accesibilidad; que se diseñen espacios públicos ambiciosos, teniendo en cuenta la calidad de las ciudades que nos han precedido; que se vuelva a razonar sobre la dimensión de lo colectivo. El estatuto científico del urbanismo emergerá transformado, igual que la ciudad. Dentro de la ciudad y

entre las diversas disciplinas tendrán que construirse nuevas alianzas. Los urbanistas, pero también los economistas y sociólogos, volverán a discutir con los geógrafos, botánicos, ingenieros hidráulicos; deberán sumergirse mucho más de lo que lo han hecho en el pasado reciente en el imaginario individual y colectivo.

Puede ser que en el futuro próximo las cosas vayan siempre peor, pero si se quiere salir de la crisis económica y la recesión será necesario desarrollar la demanda del plus grand nombre, no depender de las preguntas planteadas por los nichos sociales y tecnológicos. Y, por tanto, será necesario desarrollar más la democracia, reduciendo las desigualdades en el espacio.

NOTAS

1. F. Indovina, 1990, op. cit.

2. P. Rosanvallon, 2011, op. cit.

3. J. E. Stiglitz, 2010, Freefall: America, Free Markets, and the Sinking of the World Economy, W.W. Norton & Company, Nueva York [trad. esp., Caída libre: el libre mercado y el hundimiento de la economía mundial, 2010, Santillana, Madrid].

4. B. Secchi, 2005, op. cit.

5. National Resources Committee, 1937, Our Cities. Their Role in the National Economy, informe del Urbanism Committee, United States Government Printing Office, Washington.

6. F. L. Wright, 1930, Modern Architecture (The Princeton Lectures), en Id., The Future of Architecture, 1963, The American Library, Nueva York [trad. esp., El futuro de la Arquitectura, 2008, Apóstrofe, Madrid].

7. P. Viganò, 2011, “Riciclare città”, en P. Ciorra y S. Marini (eds.), Re-cycle, Mondadori-Electa, Milán, pp. 102-119.

8. C. Galli, 2011, op. cit.

9. J. E. Stiglitz, 2012, The Price of Inequality, W.W. Norton & Company, Nueva York-Londres [trad. esp., El precio de la desigualdad, 2012, Taurus, Madrid].

10. K. Ross, 1995, Fast Cars, Clean Bodies. Decolonization and the Reordering of French Culture, The MIT Press, Cambridge (Mass.)Londres.

11. Cresswell, 2006, On the Move, Routledge, Nueva York, pp. 167-174; E. Soja, 2010, op. cit.

12. L'Adalgisa es una novela (y un personaje de la misma) de Carlo Emilio Gadda [N. del T.].

13. T. Cresswell, 2006, On the Move, Routledge, Nueva York, pp. 167- 174; E. Soja, 2010, op. cit.

CLUB DE DEBATES URBANOS

En 1993, hace ya más 20 años y, "Movidos por el deseo de combatir el creciente desánimo de la población ante la incapacidad de influir en el medio en el que vive" —como reza nuestra acta constitucional—, un grupo de profesionales de distintos campos acordamos constituir una asociación denominada

club de debates urbanos

, cuya función principal sería hacer comprensibles para todos los ciudadanos las cuestiones, acciones y decisiones que competen a la ciudad, proponer su debate y, sobre todo, su crítica, e influir en posibles soluciones alternativas.

Entendimos que esa crítica, limitada a nuestro mundo profesional, era insuficiente, y que lo importante era la construcción de "espacios de debate" abiertos a la participación de todos los ciudadanos, en la convicción de que cualquier problema urbano, que afecte a la vida cotidiana —por muy considerable que fuera su complejidad técnica— podría ser explicado y debatido colectivamente.

Defendemos, por tanto, unas actitudes social y culturalmente comprometidas y pretendemos incitar al ejercicio de nuevas formas de compromiso crítico que superen las tendencias, cada vez más visibles, a la segregación, al aislamiento, a la autonomía de las prácticas profesionales y personales.

La permanente práctica de información y comunicación social que proponemos, a través de debates públicos, permitirá confrontar las posiciones de grupos políticos, agentes económicos, organizaciones sociales, sectores técnicos, instituciones, personalidades culturales y ciudadanía, en general, en torno a cualquier proceso que ofrezca dudas razonables en cuanto a su posibilidad de repercusiones

negativas en cualquier aspecto de la ciudad o de la vida urbana.

Pero, en algunos casos, no basta con el debate clarificador y explicativo, sino que se requieren actitudes más activas y firmes que desembocan en iniciativas propias o participación en las promovidas por otras entidades sociales y culturales.

De todos los sucesivos procesos de denuncia y reivindicación hemos extraído algunas conclusiones de interés para seguir avanzando.

Nuestra trayectoria, cumplidos 20 años, nos ha permitido contar con intelectuales destacados y ciudadanos comunes para llevar a cabo iniciativas muy diversas: más de 150 debates en el Círculo de Bellas Artes de Madrid, manifestaciones ciudadanas de carácter festivo, presentación de soluciones urbanas en concursos públicos, artículos y entrevistas en diversos medios de comunicación, edición de libros propios y presentación de ajenos, celebración de nuestra ya tradicional "Fiesta del Solsticio", en la que anualmente hacemos balance de lo actuado, presentamos un nuevo socio de honor y otorgamos premios al compromiso urbano, etc. La última Fiesta del Solsticio, de 2014, la dedicamos al merecido homenaje del profesor Secchi, a quien nombramos "Socio de Honor".

En nuestra reciente publicación,

madrid,

materia de debate, 2013, en la que celebrábamos nuestro veintenario, tratamos de dejar constancia, desde un pensamiento crítico, del entramado de reflexiones, datos, análisis, propuestas o resistencias generadas en torno a lo urbano y territorial en general, así como a las realidades concretas que lo ejemplifican en el momento actual, particularmente en el entorno de Madrid. En este mismo libro dimos cuenta de nuestra pasada trayectoria.

Teresa Arenillas/Presidenta del CDU